



AQUI, EL MUERTO

alf regaldie





ALF. REGALDIE



AQUI, EL MUERTO

Col. **SERVICIO SECRETO** n.º 785

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 17794 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: agosto 1965

© ALF REGALDIE - 1965
sobre el texto literario

© JAIME PROVENSALE - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 4310/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Robert Mitchel experimentó viva alegría al divisar de nuevo los rascacielos de la isla de Manhattan, a la sombra de los cuales había discurrido la mayor parte de su vida.

Pensó que aquélla era la vez que había estado lejos de ellos durante más tiempo, un tiempo que llevaba bien contado: catorce meses y tres días.

Aquellos catorce meses y tres días los había pasado en la prisión del Estado.

Lo habían puesto en libertad antes de cumplir la totalidad de la condena en gracia al buen comportamiento que había observado.

En el compartimiento habían quedado solos él y un joven, rubio también como él, asimismo de proporciones atléticas.

Daba la impresión de ser fuerte, ágil e inteligente.

No habían cambiado demasiadas palabras entre sí durante el viaje y lo poco que habían hablado había sido al regreso del bar.

El extraño dijo a Mitchel:

—Parece usted un hombre feliz.

Hablaba en inglés correcto, de la otra parte del Atlántico, pero con ligero acento alemán.

Mitchel señaló un gesto de indiferencia y respondió:

—No sé si la palabra feliz es la apropiada. Más que feliz, yo diría que soy optimista.

—Eso es magnífico...

Los dos jóvenes iban en mangas de camisa y mantenían las americanas, cuidadosamente dobladas junto a sí.

Mitchel se puso en pie y preparó su pequeña maleta, que dejó al lado, en el mismo asiento.

El otro le imitó.

El convoy estaba a punto de detenerse ya.

Pasó frente a la puerta del departamento una rubia sensacional

que habría llamado la atención de Mitchel aunque no hubiese estado toda aquella temporada fuera del contacto de las mujeres.

El joven asomó a la puerta y silbó con expresión admirativa.

La rubia se volvió y le dirigió una sonrisa de picardía. Siguió luego contoneándose de manera turbadora.

El compañero de viaje de Mitchel rió.

Y alargó al joven americana y maleta.

Mitchel no se dio cuenta en aquel momento de que se había producido un trueque intencionado por parte del hombre que le había acompañado en la última parte del viaje.

Caminaron aprisa, llegando ante la portezuela de salida del vagón en el momento en que el convoy se detenía.

Se produjo un brusco frenazo y Mitchel salió proyectado contra la rubia y ella a su vez tropezó con una mujer gorda y gruñona.

La rubia rió y dio un respingo mientras Mitchel, tras ligera comprobación, murmuró al oído de ella:

—Y que no hay nada postizo.

Ella se escurrió y el viajero estuvo a punto de tropezar contra la gorda, que dejó de gruñir y esbozó una sonrisa.

Se quiso lanzar el joven tras la rubia, pero la gorda obstruyó totalmente la salida, comenzando a bajar despacio, aferrándose bien para evitar una caída.

Un impaciente murmuró:

—Deberían haber grúas para estos casos.

Alguien rió y la gorda volvió a gruñir.

Y Mitchel ya no tuvo prisa. Había visto que la rubia se reunía en el andén con un fulano fornido con aspecto de boxeador.

Se volvió, esperando encontrarse con su compañero de viaje. Pero éste había desaparecido para ir a descender por la otra portezuela en la que no había aglomeración alguna.

Robert Mitchel señaló gesto y ademán de indiferencia que le eran característicos y se resignó a bajar cuando lo hubiese hecho la gorda.

Desde la portezuela le pareció ver al supuesto alemán que salía rápidamente por una de las puertas de viajeros.

Echó el sombrero hacia atrás y una vez en el andén, como notara demasiado calor, echóse la americana al hombro, manteniéndola sujeta con el índice de su derecha.

En la izquierda llevaba la pequeña maleta.

Atravesó la salida de viajeros.

En la sala de amplias dimensiones no hacía calor y dejó la maleta sobre un banco, poniéndose la americana.

Fue entonces cuando se dio cuenta del cambio.

—¡Diablos! No es la mía. Me equivoqué...

Recordó entonces que tanto la maleta como la americana se las había alargado su compañero de viaje mientras él estaba admirando a la rubia en su contoneo.

Fijó su mirada en la maleta de manera instintiva.

—No ha habido equivocación. Ha dado el cambiao sabiendo perfectamente lo que hacía... ¿Por qué?

Se había vuelto a quitar la americana y con repentino impulso tomó la maleta y echó a andar con rapidez en dirección a la calle.

Si el otro no se había dado demasiada prisa era posible que lo alcanzara aún.

Lo vio en el momento en que llegaba a la puerta. El alemán se había puesto la americana.

Se disponía a cruzar la calle, pero se retiró rápidamente al ver que un automóvil se le echaba encima.

A pesar de que se retiró, el vehículo subió a la acera y lo derribó, pasándole por encima y dándose luego a la fuga.

Se produjo todo con tal rapidez que cuando la gente reaccionó el automóvil estaba bastante lejos.

Era un modelo «Ford», negro. Por las calles de Nueva York rodaban centenares como él.

El automóvil llevaba la matrícula tapada con barro.

Algunos conductores de vehículos se lanzaron en su persecución.

Mitchel estaba casi seguro de que no le darían caza.

Para él, lo sucedido no había sido un accidente, sino algo cuidadosamente preparado.

Se apresuró Mitchel a llegar hasta donde había caído el alemán, en torno al cual se había aglomerado la gente a pesar de que dos policías intentaban alejarla.

Asomó por encima de dos mujeres que parecían a punto de desmayarse, pero que no eran capaces de sustraerse a la atracción del espectáculo.

Para Robert estuvo claro que el que había sido su compañero de

viaje estaba muerto.

—La «Asociación del Crimen» sabe trabajar —se dijo.

Con un nuevo impulso se retiró. Pensaría cómo había de actuar, y consideraba que no le convenía que le viesen allí.

—Debo ignorar que el hombre que cambió la americana y la maleta por la mía, ha muerto de manera violenta...

Se había interrumpido el tráfico y pudo cruzar tranquilamente a la otra acera.

Una vez en la acera vio que se le acercaba un automóvil y se dispuso a saltar para esquivarlo en el caso de que viese la mínima intención de embestirlo.

Al volante iba un hombre y a su lado otro. En el asiento trasero iba un tercer hombre.

El que iba junto al del volante asomó la cabeza por la ventanilla, le sonrió y le saludó en un alemán bastante aceptable.

—Bienvenido a Nueva York, señor.

Robert le contestó en correcto alemán, que ya hablaba bien anteriormente, y que había perfeccionado durante su estancia en la prisión del Estado.

El de atrás, que permanecía atento, abrió la portezuela.

Y Mitchel no vaciló un instante, aceptando la aventura que se le iba a las manos.

Entró en el automóvil ayudado por el de dentro, que le tomó la maleta del alemán.

Una vez sentados, el otro sacó de un bolsillo parte de una tarjeta cortada formando una irregular ondulación.

Mitchel comprendió.

En alguno de los bolsillos de la americana debía llevar la media tarjeta que correspondía a la que le mostraban.

Dijo:

—¡«Ya»!

Instintivamente buscó en el bolsillo correspondiente a la cartera en donde se hallaba también el pasaporte.

Cada vez lo comprendía menos. Estaba todo allí.

Y en uno de los departamentos de la cartera encontró la parte de tarjeta que le correspondía presentar.

Actuó con naturalidad.

El recepcionista comprobó que casaban perfectamente los dos

trozos y se quedó con el de Mitchel, dando a éste el que había llevado él.

El expresidiario no mostró la mínima extrañeza, dando por bueno todo lo que hacía el otro.

Su compañero de asiento habló en inglés, con el inconfundible acento de Brooklyn.

—Querrá descansar.

—Sí. Y lavarme. También cambiar de ropa.

Respondió en inglés, imitando con bastante perfección la forma de hablar del alemán.

Aprovechó al guardar la tarjeta para hacerlo en el pasaporte y enterarse de cómo se llamaba. Porque Robert Mitchel, de momento, estaba muerto. Él había sido testigo de cómo lo habían «planchado», como se decía en la jerga del hampa.

Robert Mitchel estaba muerto. Y él se llamaba Curt Eissen, según decía el pasaporte.

No se parecían el tal Curt y él como no fuese en que eran rubios y de estatura muy semejante.

Curt era más recio; él, ligeramente más alto.

Curt tenía treinta años aunque no lo parecía. Él tenía veintisiete. Aunque entonces él era Curt y por tanto tenía treinta.

Le distrajo de sus pensamientos su acompañante, que le decía:

—Le hemos buscado un buen hotel. Confortable, tranquilo, seguro.

Sonrió Mitchel que acompañó su sonrisa con un simple:

—Muchas gracias.

Lo dijo en alemán, intencionadamente.

El fulano se le quedó mirando como queriendo adivinar. Al fin repitió las palabras pésimamente pronunciadas y dijo:

—¡Ah, sí, claro! Eso lo entiende todo el mundo. ¡Hasta yo!

Se sintió feliz con el hallazgo y dijo a continuación:

—Podrá descansar hasta las nueve de la noche, que iré a buscarlo para presentarlo al señor Foster. Un hombre estupendo, ¿sabe?

—Seguro que es estupendo...

—No parece usted un alemán de esos estirados. Usted es como si dijésemos, de los nuestros...

Rieron los dos.

Minutos más tarde, Robert Mitchel quedaba instalado en un hotel en el mismo Broadway, próximo a la calle Cuarenta y Ocho West.

El encargado del registro no prestó atención a la fotografía del pasaporte.

Y se mostró muy deferente con Caleb Higgins, el hombre que presentó al falso Curt Eissen.

CAPÍTULO II

Mitchel conocía sobradamente lo que era el hampa neoyorquina. Y tanto Caleb Higgins como los otros dos que habían acudido a recibirle en el automóvil, pertenecían a ella.

¿Qué esperaban de Curt Eissen? ¿A qué había ido a buscar el alemán a Nueva York?

Higgins había citado un nombre. El de Rex Foster. Robert Mitchel no conocía a Foster personalmente, pero sabía que era el asesor fiscal y jurídico de una agencia de gestiones cuya principal especialidad era el registro de patentes y marcas.

Aparte de aquello y su bufete de abogado, era el encargado de una agencia de detectives privados.

Mitchel conocía todo aquello porque Lloyd Dickinson, abogado e investigador privado que había actuado contra él logrando su condena, pertenecía a la agencia cuyo encargado era precisamente Rex Foster.

Dickinson no había actuado limpiamente. Aquello hacía pensar a Mitchel que Foster no sería tampoco un hombre limpio.

El joven se hizo tales reflexiones mientras se aseaba, dispuesto a salir.

Con el conocimiento que tenía del hampa estaba seguro el joven de que estaría vigilado y que sus movimientos serían controlados cuidadosamente.

Tomó el cartelito que decía: «No molestar» y lo colocó en la parte exterior de la puerta para hacer creer que estaba durmiendo.

Seguidamente cerró por dentro y desconectó el aparato telefónico para que no le pudiesen llamar.

E hizo su salida por la de emergencia.

Una vez en la calle, desde una cabina de servicio público se puso en contacto telefónico con un antiguo compañero, al cual tuvo la suerte de encontrar en su apartamento.

—¿Rory Martín? —preguntó.

—El mismo.

—Aquí Robert Mitchel...

—¿Cómo es posible? ¡No puedo creerlo...! Sin embargo, es tu voz.

—No es necesario que digas más ahora. Parece que estás enterado de «mí» muerte.

—Sí. No pude ir a esperarte como era mi propósito, pero fue un compañero. Llegó un poco tarde y te vio muerto.

—Él no me conocería personalmente...

—No. Yo le había dado tus señas...

—El muerto es rubio y aproximadamente de mi estatura... ¿Puedo ir a verte?

—Sí. Me disponía a salir para visitar el depósito de cadáveres del Bellevue Hospital. Es allí donde «te» han llevado.

—No es necesario que te molestes. El muerto irá a verte. Hasta ahora.

—No tardes. Estoy impaciente...

Muy poco después, Mitchel era recibido por su antiguo compañero de promoción, Rory Martín, en el apartamento de éste.

Los dos hombres se abrazaron.

—Estás magnífico de aspecto, Bob, y me alegro —saludó Rory.

—También tú estás bien... La cárcel no se come a nadie, ya sabes. Particularmente si uno es entero y tiene su conciencia tranquila.

—Yo siempre creí que eras inocente. No he investigado porque me lo prohibiste.

—Prefiero hacerlo yo...

—Refiéreme ahora lo sucedido...

Mientras hablaban había cerrado Rory la puerta de su apartamento de soltero, llevando a Robert hasta el mueble bar.

Le señaló una banqueta mientras él pasó detrás del pequeño mostrador.

—¿Qué deseas tomar?

—¿Qué tomaría un alemán? —preguntó Mitchel.

—A estas horas y con el calor del día, cerveza.

—Vamos con la cerveza...

—¿Así, pues, eres alemán ahora?

Mientras servía Rory, Mitchel sacó el pasaporte de Eissen, dejándolo sobre el mostrador.

Luego, mientras bebían a intervalos, hizo su relato.

Rory, tras examinar el pasaporte, lo devolvió al recién llegado.

—¿Tienes idea del motivo por el cual hizo Eissen el cambiao? —preguntó Rory una vez hubo terminado Bob su relato.

—He pensado en ello y sólo cabe una cosa:

—Tú dirás.

—Está claro que los motivos de su viaje a Nueva York no eran nada limpios.

—Por lo que me has dicho, está claro que no.

—Tal vez la maleta y la americana debían servir de contraseña para que le reconociesen... —aventuró Mitchel.

—Debemos pensar que habrá sido una cosa así; de otra manera no se le ve explicación.

—Seguramente él quiso ver quién salía a recibirle, para dejarse ver o no. Él calculó que los que fuesen se acercarían a mí...

—Tal como sucedió —señaló Rory.

—Justamente. Una vez la cosa clara en ese sentido, supongo que me habría llamado haciéndome ver que se había equivocado. Y las cosas hubieran quedado como estaban.

—Pero se interpuso la muerte —señaló Rory.

—Justo, se interpuso la muerte que lo sorprendió. Y se lo llevó en lugar de llevarse a mí —dijo Bob de forma concluyente.

—Está clara la maniobra de él. Ya trataremos sobre los motivos probables de su venida a Nueva York Ahora hablemos de «tu» muerte.

—Hablemos de «mí» muerte —admitió Mitchel en tonillo humorístico.

Ofreció un cigarrillo a Rory, tomó él otro y dijo:

—Ignoro si de la prisión han comunicado mi libertad oficialmente a Nueva York, puesto que he fijado mi residencia aquí.

—Lo habrán hecho o lo harán. Es más seguro que no lo hagan hasta el fin de semana.

—De acuerdo. Por lo que a mí se refiere, únicamente comuniqué mi llegada a Nueva York a dos personas. A ti y a Ruth. Estoy seguro de que tú no me has enviado a los asesinos.

Rory sonrió y dijo:

—No dispongo de gente. Si quisiera asesinar a alguien tendría que hacerlo yo mismo. Los miembros del F.B.I., somos pobres. Por más que no te descubro nada nuevo.

—Está claro. Queda Ruth, mi exprometida. ¿Qué sabes de ella?

—No mucho, ésta es la verdad. Vive sin grandes dispendios... ¿Crees que ella teme tu salida? —preguntó Rory.

—No tiene por qué temerla. Al resultar condenado la dejé en libertad completa; ella me conoce bien y sabe que no había en mi reservas mentales. Y durante el tiempo de prisión ha tenido ciertas atenciones conmigo.

—Si es así...

—Por eso le escribí hablándole de mi salida de allí y de mi llegada a Nueva York.

—¿Confiabas en que ella fuese a esperarte?

—No. Me dijo que no iría. Parece que trabaja.

—Sí, trabaja en una de esas agencias de gestión especializadas en patentes y marcas, aunque no desdeñan otros asuntos.

—Ignoraba en dónde estaba.

Rory tragó saliva y siguió diciendo, desviando la mirada de su amigo:

—A veces sale con su jefe, un tal Morgan, que posee un *night-club* en la calle Treinta y Tres. Se llama precisamente el «Treinta y Tres».

—¿Tienes idea de si el asesor fiscal y jurídico de la agencia de Morgan es un abogado llamado Rex Foster? —preguntó Mitchel.

—Sí, precisamente Rex Foster. Que es el encargado de una agencia de detectives...

—Sí, la agencia de detectives a la que pertenece Lloyd Dickinson... ¿Qué te parece? —preguntó Mitchel tras dar su respuesta.

—Que hemos trazado una especie de circunferencia que nos lleva al punto de partida. Un punto de partida que se llama Ruth Gilbert, la única persona que compartía conmigo la noticia de que tú salías de la prisión y regresabas esta tarde.

—Justo, sí señor...

—¿Piensas que ella...?

—No me gusta ser injusto con nadie y no debo pensar en ella. Bastante he sufrido yo con la injusticia de que he sido víctima.

—Muy bien. No pareces amargado.

—No lo estoy. Sigo siendo el «Optimista», como me llamabais...

—Magnífico. ¿Qué piensas de ella?

—Tal vez ha sido indiscreta. Puede que en su alegría de saber que estoy libre haya hablado y otros se hayan aprovechado.

—Puede ser —admitió Rory—. ¿Piensas en tu reingreso en el cuerpo una vez te reivindiques?

—No. Demasiadas envidias y poco dinero. Cualquier error resultaría condenatorio para mí.

—Fuiste el número uno de la promoción. El mejor en judo, en boxeo, en tiro sobre blancos movibles... En cuanto a tu preparación cultural, sobresalía sobre la mayoría. Y eso, muchos no lo perdonan fácilmente.

—Lo siento por ellos. Son unos pobres de espíritu. Pero comprenderás que no puedo caminar a su lado. Me zancadillearían de nuevo en la primera ocasión.

—Tienes razón... ¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé aún. Tengo algún dinero ahorrado que me permitirá resistir unos meses... Y antes de pensar en ganar nada quiero reivindicarme.

—Es lo natural.

—Una vez lo consiga escribiré mi relato sobre el caso y lo llevaré a algún periódico.

—Recuerdo que tenías una decidida vocación por el periodismo.

—Hubiera acertado de elegir ese camino. Pero el afán de situarme más rápidamente para poder casarme con Ruth me fastidió.

Lo dijo sin amargura, sino como algo natural.

—De acuerdo. Vamos con otra cuestión. Tienes la obligación de denunciar lo sucedido, entregar la documentación y efectos personales de Curt Eissen y que te entreguen los tuyos.

—Saldré perdiendo, porque tengo la impresión de que todo habrá quedado bastante deteriorado...

—Es posible; pero tengo la impresión de que Eissen habrá salido perdiendo más que tú.

—De acuerdo. En ese caso apuntaré en el debe de mis asesinos el valor de lo que me hayan estropeado. Y ya lo cobraré en su momento oportuno.

Lo dijo con entonación humorística que hizo reír a Rory.

—¿Puedes encargarte tú de la gestión? No me conviene aparecer oficialmente...

—¿Piensas meterte entre esa gente? —preguntó Rory.

—Naturalmente. Aunque no creo que la ficción pueda durar mucho tiempo.

—Me encargaré de la gestión. Tratándose de un extranjero cae de lleno el caso en nuestra jurisdicción. Haré ver la conveniencia de que por el momento se guarde el secreto de la muerte de Eissen para permitir que se siga pensando en la tuya.

—¡Magnífico! Estaba seguro de que me ayudarías.

—Estoy pensando que me vas a ayudar a mí más que yo a ti —respondió Rory noblemente.

—¿Si me equivoco te puede suceder algo?

—No, porque pienso contar también con el intendente Murphy. Él te apreciaba y te aprecia. Y se alegrará de saber que comienzas a trabajar para nosotros.

Mitchel se puso en pie dispuesto a marchar; pidió a su amigo:

—Recobra mi documentación cuanto antes y te entregaré ésta.

—De acuerdo. ¿Tienes alojamiento? Me refiero a Robert Mitchel, no a Curt Eissen.

—Aún no he buscado nada.

—Por el momento te quedarás aquí, salvo los ratos que necesites estar en el hotel siguiendo tu papel de Curt Eissen...

—Tengo la impresión de que durará poco. El círculo en que debía desenvolverse Eissen está muy próximo al anillo que ha pretendido estrangularme.

—Es cierto.

—Lo cual quiere decir que no tardaré mucho tiempo en ser descubierto.

Rory llegó hasta un cajón y entregó a Bob unas llaves que sacó de él.

—Ahí tienes. Llave del apartamento y llave de abajo.

—Gracias...

—Considérate en todo como en tu casa.

—De acuerdo.

—Te conseguiré una licencia de armas.

—No será fácil...

—Bajo mi responsabilidad, te la darán. Y tengo una buena pistola. Estoy seguro de que no harás mal uso de ella.

—Eres estupendo, Rory.

—O somos amigos o no lo somos. Y yo tengo en ti absoluta confianza, absolutamente lo mismo que la tienes en mí...

—Puedes asegurarlo.

Poco después los dos amigos se despedían.

Y Mitchel volvía a su habitación del hotel por el mismo camino empleado para salir de ella.

Anohecía ya y le resultó mucho más fácil pasar inadvertido.

Echó un vistazo en torno una vez en su habitación.

Estaba todo tal como lo había dejado.

CAPÍTULO III

En la segunda ocasión salió Mitchel normalmente.

No quería hacerse sospechoso permaneciendo aparentemente encerrado durante mucho tiempo.

Una vez en el *hall se acercó al mostrador para interesarse por si habían preguntado por él o habían llevado algo a su nombre.*

—Nada, señor —respondió el recepcionista.

Salió a la calle como quien quiere dar un paseo, entrar en contacto con la inmensa urbe, sin dar la sensación de que iba a ningún punto determinado.

Recibió la impresión de que le seguían, pero no le inquietó la cosa.

Al cruzar una calle amplia, metido entre bastante gente que se apresuraba en las dos direcciones, vio un taxi libre, detenido en primera línea y salió rápida y hábilmente de entre los peatones para tomarlo.

El chofer le abrió la portezuela tan pronto lo vio destacar, para salir disparado apenas apareció la señal de salida de vehículos.

Una vez en marcha dio Mitchel la dirección de donde vivía Ruth, la atractiva morena que había sido su prometida.

Ella había cambiado de casa.

Dejó el taxi tan pronto llegaron al edificio, en el cual se metió rápidamente para hurtarse a toda posible vigilancia.

Una vez en el ascensor, comentó para sí:

«La chica ha mejorado de apartamento. Al menos el aspecto exterior de la casa supera bastante al de la anterior».

Vivía Ruth en un cuarto piso.

Antes de llamar a la puerta del apartamento, Mitchel curiosoó todo lo que alcanzaba su vista y se reafirmó en la idea de que ella había mejorado bastante.

La puerta del apartamento no tenía mirilla. Ruth tendría que

abrir para enterarse de quién era el que llamaba.

A Bob le gustó la cosa, haciéndole sonreír.

Llamó.

Y tardó en oír que alguien se acercaba a la puerta. Era el inconfundible andar de Ruth.

Se abrió la puerta poco más de medio pie, que dando sujeta por una cadena que le impedía abrirse más, a menos que la persona que estaba dentro lo quisiera.

Mitchel, que deseaba sorprender a Ruth lo con siguió.

Había adoptado el joven una postura que resultaba un tanto rara y ayudaba a causar una impresión fantasmagórica la posición en que le daban las luces.

Ruth, al ver ante sí a Bob que le alargaba ambas manos en silencio, desorbitó los ojos reflejando el extraordinario sobresalto sufrido e hizo un movimiento instintivo, como si fuese a huir echando la puerta a las narices de su visitante.

—¿Qué te sucede, encanto? ¿Sorprendida? —preguntó el joven.

—¡Oh, no eres...!

—¿Un fantasma? No, no tengo nada de fantasma ni de aparecido. Ni siquiera la apariencia. Allí se han portado bastante bien, dentro de lo que cabe.

Ruth se había dado cuenta ya de lo falso de su postura y reaccionaba adoptando una actitud favorable.

—¿Quién lo iba a pensar? La Prensa de la tarde ha publicado la noticia de tu muerte...

—Pues se han equivocado, como podrás comprobar. He sido testigo del accidente; pero ni siquiera estaba demasiado cerca cuando se ha producido.

—¿Y por qué han dado tu nombre? —preguntó ella.

—No lo comprendo... Declaré como testigo. Tal vez haya nacido de ahí la confusión puesto que di nombre y apellido...

Ruth permaneció silenciosa, reflejando preocupación en su semblante.

—¿No me abres? —preguntó Mitchel—. No vengo a hacerte daño alguno, sino a agradecerte lo que has hecho por mí.

Sonreía mientras hablaba, a pesar de lo cual no desapareció el gesto de preocupación del rostro de Ruth.

—Aquí vivo sola. Sin embargo, pasa. Debo tener confianza

contigo.

—Naturalmente que sí —respondió Bob.

Una vez dentro miró en torno, comprobando que las cosas habían cambiado bastante en torno a Ruth, que vivía rodeada de un confort que rayaba en el lujo.

Aunque sin decir palabra, en el gesto demostró Bob su satisfacción al ir descubriendo tanto en detalles como en conjunto lo que había mejorado la vida de su exprometida.

Dijo el joven con frívola expresión:

—Menos mal que no he leído la Prensa. De lo contrario, imagínate el susto que me hubiese llevado a enterarme de que me había muerto.

—No bromees con esas cosas. Considero de mal gusto jugar con la idea de la muerte —replicó Ruth adusto el gesto.

Tras corto silencio siguió diciendo:

—Con esa falsa noticia me llevé primero un susto. Y al verte ahora llegué a pensar que eras un aparecido; y no comprendo aún cómo no me he desmayado.

—¿Creíste que volvía del otro mundo para darte las gracias?

—Vamos a dejar eso. No me gustan las bromas macabras.

—Lo comprendo perfectamente...

Robert se había dado cuenta de que Ruth había salido del baño no hacía mucho y que estaba a medio vestir.

Se había echado una vaporosa bata por encima por cubrir la semidesnudez en que estaba cuando él había llamado.

Sintió que se le reseca la garganta. Le seguía gustando la maravillosa morena, pero fue capaz de dominarse y no exteriorizar sensaciones ni pensamientos.

—Parece que estabas vistiéndote para salir...

—Sí...

—En ese caso no te molesto más. Nos hemos visto, te he dado las gracias y me largo.

—No molestas nunca, ya lo sabes —dijo Ruth por mera fórmula.

—Gracias otra vez por tu bondad. Pero tengo un gran defecto para las mujeres. Me doy cuenta cuando han dejado de quererme; o cuando he dejado de interesarles.

—Queda la amistad...

—Creo que no queda ya ni amistad, Ruth. Me has ayudado por

compasión, aunque yo no necesitara nada. Te doy las gracias otra vez, te reitero lo me te dije cuando me condenaron: Quedabas y queras en absoluta libertad... Y me marchó.

Tras breve pausa dijo:

—Continúas siendo maravillosamente bonita y atractiva. Buenas noches...

Ruth no tuvo fuerzas en el momento más que para responder con voz oscura:

—Buenas noches.

Robert abrió, salió sin volverse y cerró a sus espaldas.

Ruth continuó inmóvil dejando que pasara el tiempo. Oyó el ruido del ascensor que se detenía en la planta. No dejó a nadie, y supuso que Robert lo había tomado para descender.

Caminó hasta la puerta, la abrió cautelosamente y atisbo a uno y otro lado.

Bob había desaparecido.

Volvió a cerrar y caminó en dirección al aparato telefónico del pequeño *hall*, *pasando la comunicación al teléfono de su alcoba*.

Al entrar en ella cerró la puerta para que su voz no saliese al exterior del apartamento.

Y marcó un número.

Le respondió una voz bronca:

—¿Qué hay?

—Aquí Ruth...

—Hola, Ruth. No tardaré en ir a buscarte...

Como si no hubiese oído habló ella lentamente, marcando bien las sílabas, diciendo:

—Robert Mitchel está lleno de vida.

—Como chiste no está mal...

—Nada de chiste. Acaba de salir de aquí. Ha venido a darme las gracias por lo que hice por él durante el tiempo que estuvo encerrado...

—¿Y no te ha dado las gracias por haberlo encerrado? —preguntó Morgan.

—Repito una vez más que no me gustan esas bromas —dijo Ruth fríamente.

—Está bien. Es una lástima que no tengas sentido del humor.

—Estoy del sentido del humor tres palmos por encima de los

agujeros de la nariz, ¿comprendes?

—Sí, te he comprendido perfectamente.

—El sentido del humor de Mitchel me ha fastidiado. Llegué a pensar que era un aparecido. Me ha dado un susto de muerte.

—Está bien, moracha. El mundo no se ha terminado aún...

—Quiero que te enteres de quién es el muerto cómo ha podido sufrir nuestra gente la terrible equivocación...

—De acuerdo.

—Y no olvides que Bob Mitchel libre significa un peligro para nosotros.

—No lo olvido —señaló Morgan, sintiéndose un tanto humillado por la entonación que empleaba Ruth.

—Hay que averiguar si se hospeda en la misma casa en que se hospedaba anteriormente.

—Haremos la gestión inmediatamente. Ésa será fácil.

—Nada más. Mucho cuidado. ¿Qué tal Eissen?

—Ha estado descansando hasta después de anoecer, que salió a dar una vuelta. Pero se despistó de nuestra gente y no ha vuelto aún al hotel. Al menos no he tenido noticia alguna...

—¿Es que los muchachos están tontos? —preguntó Ruth, irritada.

—No te enfades. Se te formarán arrugas y te pondrás fea.

—¡Vete al diablo con tus chistes y haz lo que te digo!

—Si me voy al diablo no podré hacer las otras gestiones, encanto. Te paciencia. Lo único que se consigue con los enfades es perder la cabeza y cometer errores. Y ahora no hay chiste que valga.

En lugar de responder, dijo Ruth en tono que resultaba agresivo aún:

—No me hace ninguna gracia que el alemán haya salido.

—Yo hubiese preferido que hubiese aguardado en hotel; pero el chico tiene derecho a conocer Nueva York.

—Pero se despistó de nuestra gente.

—No le dijimos que le poníamos vigilancia —respondió Morgan en tono cáustico—. Si él lo sospechó, procuró burlarla y tuvo suerte. A nadie le gusta que le cuenten los pasos.

—Está bien. Tendremos que aguantarnos. Pero que no vuelvan a tener otro descuido. Irving va detrás de hacer el negocio por su

parte.

—No lo he olvidado... Pero dejemos eso. Higgins recogerá a Eissen en el hotel y lo llevará al «Treinta y Tres» para entrevistarse con Rex. Cuando nos convenga apareceremos nosotros.

—«Okey».

—¿Tranquila ya?

—A medias. El susto ha sido grande. Averigua quién es el muerto...

Cortó la comunicación y se dispuso a continuar vistiéndose. Antes de hacerlo abrió la alcoba, fue hasta la puerta del apartamento y entreabrió para asegurarse de que Mitchel no había vuelto atrás.

No vio a nadie y comenzó a sentirse más tranquila.

CAPÍTULO IV

Cal Higgins tenía noticias de la escapada que había hecho el falso Curt Eissen y había reprendido por ello severamente a los «muchachos» que habían quedado a vigilar.

Pero se sintió satisfecho cuando a las nueve, según lo que le había señalado, el supuesto Eissen se reunía con él en el *hall* del hotel.

Curt bajaba de su habitación a la cual había regresado poco antes de las ocho y media, de la manera más natural.

—¿Dispuesto? —preguntó Higgins.

—Sí, cuando usted quiera.

—¿Qué le parece nuestra ciudad?

—He visto poco. Pero parece estupenda. La conocía de otras ocasiones que estuve en ella, siempre de paso.

—¡Ya! Negocios.

—Justamente, negocios —respondió Bob sin querer comprometerse.

Higgins, orgulloso de su papel, presentaba veinte minutos después, en el «Club Treinta y Tres», a Rex Foster y a Bob Mitchel en su suplantación del alemán Eissen.

Los dos hombres presentados cambiaron un apretón de manos.

Y Rex Foster quedó mirando al falso Eissen como si le recordase a alguien.

Preguntó al cabo:

—¿No nos hemos visto con anterioridad?

—Es posible. He pasado por Nueva York en varias ocasiones. Y viajo bastante —respondió Bob en su inglés correcto, pero con acento alemán, perfecta imitación de la forma de hablar de Eissen.

—Ya...

Mitchel, audazmente, dijo:

—Yo también encuentro algo familiar en sus facciones... Lo he

visto personalmente antes. O quizá apareció su fotografía en los periódicos.

—¡Oh, no! Tengo buenas amistades, estoy relacionado con la más alta sociedad; pero no asisto a sus fiestas mundanas y no aparezo en los periódicos.

—Podía ser por otro motivo... Pero no tiene importancia. Quisiera irme a descansar; y me interesa resolver las cosas cuanto antes.

Foster estaba tranquilo en lo que a la identidad de su interlocutor se refería. Había sido comprobado al trozo de tarjeta que aquél había entregado.

—¿Ha visto nuestra mercancía? —preguntó Foster.

El supuesto Eissen negó con la cabeza.

Había examinado los pocos papeles que había encontrado en la cartera del alemán y sabía que debían mostrarle la mercancía.

—No he tenido ocasión.

—Hay algún material nuestro en circulación, desde hace algún tiempo y no se ha descubierto nada.

—Eso es lo que me ha movido a entrar en contacto con ustedes —afirmó Bob, quien comenzaba a vislumbrar que se trataba de un asunto de falsificación de monedas.

—Hasta ahora todo lo que se ha conseguido ha sido flojo. El principal inconveniente es el papel. Y hemos conseguido una buena partida de papel auténtico.

—Es un gran adelanto. Pero los grabados y las tintas tienen mucha importancia.

—Los grabados están hechos por un discípulo de Solly Smolianoff, el fulano que preparó la falsificación de dólares en el campo nazi de Sachsenhausen.

—Se ha hablado mucho de ese gitano y hay veces que uno piensa que todo es una propaganda que se ha hecho.

—¡Nada de propaganda! —se apresuró a decir Foster—. Yo lo he conocido personalmente. Estaba bastante acabado... Había terminado de dejar en condiciones al mejor de sus discípulos, que incluso le supera.

—Es lo que dicen todos esos hombres cuando se acaban. El último discípulo es el mejor; y superior a ellos, sin duda alguna —objetó Mitchel.

—¡Éste lo es, lo he podido comprobar!

—Puede que lo sea si se refiere al Solly Smolianoff viejo ya, acabado, de sus últimos años. Pero si se comparase la producción del discípulo con la de Solly cuando estaba en su madurez, posiblemente se pensaría que el discípulo no le podía igualar.

—¿Ha visto usted dólares de los que fabricó Solly en Sachsenhausen?

—Las referencias que tengo es que Solly no llegó a fabricar los billetes de dólares —opuso el falso Eissen.

—Verá, Eissen. No llegó a hacer una producción oficial. Pero sacó bastantes pruebas. ¿De qué cree que vivió luego?

—Lo ignoro.

—¡Pues precisamente de lo que había hecho! ¡Y no le pillaron un solo billete! —señaló Foster con visible entusiasmo, pero en tono bajo para que no le pudiesen oír.

—Magnífico. Eso significa que su discípulo no será tan bueno como él.

—Se convencerá muy pronto de lo contrario.

Miró en torno con bastante naturalidad, sacó un billete de cien dólares y otro de cincuenta y los alargó al falso Eissen.

—Ahí tiene. Son dos pruebas de los de Smolianoff. Se las regaló a su discípulo poco antes de morir. Vea si son perfectas.

Los dos hombres se hallaban bien protegidos de las miradas de los demás en una especie de reservado, y el falso Eissen pudo examinar a su gusto los dos billetes que el otro le había tendido.

—Es una buena falsificación —hubo de admitir.

—¡Claro que es buena! Pero ahora verá que la del discípulo es mejor.

Comenzó por sacar un billete de cincuenta dólares.

—Compare.

En aquella ocasión se mostró Mitchel más prudente para evitar que le pudiesen ver.

Confesó:

—Parece tan buena o mejor.

—Es mejor. No le quepa duda. Y lo mismo sucede con los de cinco y los de cien.

—Los examinaré detenidamente en el hotel. He traído conmigo los elementos necesarios...

Sonrió Mitchel, que dijo aún:

—Soy técnico en la materia. Estuve cambiando moneda extranjera en un Banco de Hamburgo durante bastantes años; y luego he trabajado en una casa dedicada a la fabricación de moneda en papel y sellos de correos, en el propio Londres.

Foster sonrió condescientemente, diciendo:

—Entonces es poco lo que le puedo enseñar.

Mitchel mantuvo su mano tendida hasta que Foster le entregó una muestra del billete de cien y otra del de cinco, aparte el de cincuenta que ya tenía.

Dijo a la vez que se los guardaba en la cartera:

—Espero hacerles un buen pedido si considero que son lo bastante perfectos como para correr el riesgo de realizar la operación.

—Estoy tranquilo en ese sentido... Precios, los convenidos, según el pedido que usted nos haga —señaló Foster.

—Recuerdo. Dada la calidad es un precio aceptable.

Sonrió Mitchel, que dijo:

—Una vez que tenemos claro lo que se refiere a eso, hablaremos de la forma de pago.

—Dólares de curso legal, según quedamos. O libras esterlinas, siempre que no procedan de Sachsenhausen o algo semejante.

—Puede estar tranquilo. Con usted no cabe el engaño. Y aunque cupiese, no es lo nuestro —dijo Foster con formal expresión.

—No es fácil lograr dólares en mi país, como no sea de un modo oficial. Y dudo que los faciliten para una transacción del tipo de la nuestra —señaló el supuesto Eissen con ironía.

—Es cierto. La verdad es que no hay comprensión —dijo Foster queriendo ponerse a la altura de Bob.

Tras breve pausa propuso Bob:

—Yo había pensado pagarles con una mercancía que les puede interesar.

Guardó silencio, espionando el efecto que sus palabras causaban en Foster.

Éste no pudo disimular el interés que la proposición le producía.

—¿De qué se trata?

—He hecho una operación semejante en Canadá. Señaló una pausa, bajó la voz y dijo con énfasis: —Heroína...

Foster esperaba una cosa así, a pesar de lo cual palideció. Había pensado en más de una ocasión trabajar con estupefacientes a pesar de lo peligroso que resultaba.

Pero siempre lo detenía el miedo.

Los que decidían eran Jack Morgan y Ruth, que se lo habían propuesto en más de una ocasión; pero él había retrocedido siempre al no ver las cosas con bastante claridad.

En aquella ocasión se sintió tentado de la codicia.

Llevaba moviéndose al margen de la Ley bastante tiempo y no había logrado enriquecerse como para permitirle retirarse.

Debía decidirse de una vez y un año sería suficiente. Luego quedaría tranquilo.

Desaparecería de Nueva York para ir a vivir a alguna de las playas de la dorada California.

Foster sintió sobre él la mirada del supuesto Eissen esperando una respuesta.

Recibió la impresión el abogado de que el alemán calaba en el conociendo su miedo, y se burlaba, aunque no lo exteriorizaba.

Sintió envidia del joven rubio de aspecto adusto que recorría el mundo con sus negocios que le proporcionarían no pocas aventuras. ¿Por qué había ser él tan cobarde?

Respondió finalmente:

—Su idea me parece magnífica.

—No le quepa la menor duda que lo es. Así haremos negocio por las dos partes...

—Sí...

—Y la misma organización que sirve para la distribución del papel moneda puede servir para la heroína...

—Lo he pensado más de una vez.

—Tenga en cuenta esto, amigo Foster. Si nuestros hombres devuelven moneda de la nuestra en los cambios por el pago del estupefaciente, ninguno de los compradores lo denunciará, por la cuenta que le tiene.

—Es cierto eso —admitió Foster.

—Y entre otras, tendremos por ahí una buena salida de nuestra moneda. No es necesario que los hombres que venden la mercancía sepan que la moneda que dan de vuelta no es de curso legal.

—Bien observado, amigo Eissen. Y la ganancia revierte toda a

nosotros.

—Justamente. Una doble ganancia...

Se produjo en Rex Foster una reacción de miedo que fue dominada pronto por la codicia.

—Naturalmente, yo debo contar con mis socios...

—Lo comprendo perfectamente. Tenemos tiempo. Yo estudio los billetes y ustedes estudian mi proposición. Y ya nos volveremos a ver mañana.

Dio la impresión de que no tenía interés en conocer a los demás que debían intervenir en el negocio, y se puso en pie. Foster, que no podía imaginar lo que sucedía en aquel momento, le pidió:

—Había pensado que cenase usted con nosotros, Ellos no pueden tardar ya en llegar.

—Como quieran...

Dirigió Robert una mirada a la pista de atracciones, a la cual en aquel momento salía una linda tibia.

Reconoció en ella a la del tropezón en el tren.

La anunciaron en aquel momento como Ginny Mason.

CAPÍTULO V

Tal como le había anunciado, Jack Morgan fue a buscar a la sugestiva Ruth Gilbert tan pronto como hubo recibido informes sobre la gestión más importante que ella le había encargado.

Morgan, frizando en los cuarenta años, era alto, recio, se mantenía ágil y pese a su irreprochable forma de vestir carecía en absoluto de elegancia, dando la impresión de que aquella clase de ropa no estaba hecha para él.

Tan pronto ella le recibió, él anunció con énfasis:

—El muerto frente a la estación es Robert Mitchel.

Ruth, que se había tranquilizado, se excitó y gritó sin poder contenerse:

—¡No me fastidies! ¿Estoy loca yo o lo estáis vosotros?

—No te excites, moracha. Ya sabes lo que te he dicho antes...

—¡Déjate de tonterías! Mitchel ha estado aquí dentro, ahí mismo en dónde estás tú ahora. He hablado con él normalmente. Continúo gustándole, me lesea...

Morgan, sin hacer caso de las últimas palabras de ella, dijo mostrando cierta compasión por la mujer:

—Las mujeres sufrís alucinaciones con frecuencia. Estás nerviosa, descompuesta. Llevas una temporada como para ir a ver a un siquiatra e irte a descansar.

—¿Es que quieres deshacerte de mí?

—No digas tonterías...

—No son tonterías. Te gusta esa rubia, me refiero a Ginny Mason. Y quieres que te deje las manos libres.

—Vamos a dejar eso. Tengo la satisfacción de comunicarte que he visto su propio cadáver —mintió Morgan.

—¡Si tú no lo conocías siquiera!

—He visto fotografías de él; me habéis dicho cómo es en más de una ocasión. Su rostro estaba deformado, pero no hay duda que era

él. Rubio, piel muy fina, escasa barba... Y luego estaba su documentación, la cual he logrado ver.

—No ha sido una alucinación; era él, estoy segura.

Lo dijo con el acento de lo definitivo y prosiguió:

—No me gusta nada eso. ¿Cómo has podido ver la documentación de él?

—Tengo amigos en todas partes, ya lo sabes... Además, está su maleta y la americana, tal como las describió Steve. No dirás que Steve no lo conocía bien.

—De acuerdo. Será inútil que discutamos. Mañana iré a ver a un médico y si es necesario me iré a descansar quince días o un mes a Florida.

Había dado el último retoque a su peinado frente al espejo y se volvió a Morgan.

—Dispuesta.

—Vamos. He tenido que retrasarme un poco y nos estarán esperando ya...

—Eso causa siempre buena impresión y más cuando se trata de una mujer.

—Tú causas siempre buena impresión...

—«Okey». Sin embargo, te dejaré con la rubia. Pero ten mucho cuidado con ella. No me gusta esa chica.

Salieron del apartamento y aguardaron el ascensor.

Morgan, siempre dispuesto al chiste, a la frase de doble sentido, se apresuró a decir:

—Sin embargo, gusta horrores a los clientes de mi sala. Esa chica me está dando más pasta que me había dado ninguna en mucho tiempo.

—No te hagas el gracioso. Me has entendido perfectamente. El instinto me dice...

—El instinto te dice que esa chica es un peligro para nosotros.

—Puede serlo...

—Cualquier chica hermosa puede serlo. Al menos, para los hombres.

—Estás imposible esta noche. Decididamente veré al médico y le diré que me recete unas buenas vacaciones en Florida.

Guardaron silencio en el ascensor; y cortado el hilo de la conversación se mantuvieron ya silenciosos en el automóvil que les

llevó hasta el «Club Treinta y Tres», propiedad de Morgan.

A Ruth, que deseaba impresionar al alemán, le hubiese gustado hacer una entrada aparatosa en el club.

Sabía por otra parte que contaba con admiradores que iban sabedores de que la encontrarían allí.

No tenía tantos como Ginny porque ella no actuaba, pero los tenía en número y clase no despreciable.

Entraron en el establecimiento por la puerta reservada a Morgan y a sus hombres de confianza, y pasaron a una sala despacho en donde el «gángster», se reunía con sus amigos, se aislaba cuando lo necesitaba y recibía a sus visitas.

Si el informe de Rex Foster era favorable, el alemán sería recibido al día siguiente en aquella pieza.

La pieza poseía dos mirillas desde las cuales se podía dominar toda la sala, incluso los pequeños compartimientos que hacían las veces de reservado aunque buena parte de ellos quedaba a la vista de todos.

Sabían tanto Ruth como Jack en qué mesa estarían sentados Foster y el alemán.

Una mesa preparada con micrófonos cuya existencia conocían únicamente Ruth y Jack, y gracias a los cuales podían oír cualquier conversación que se llevase a cabo en torno a ella.

Según costumbre, el primero en asomarse fue Jack, quien se aseguró de que la sala estaba concurrida a pesar de que era pronto aún.

—Esta noche habrá un buen ingreso.

—¿Está el alemán ese? —preguntó Ruth, sin querer demostrar interés.

—Sí. Allí está con Foster. Parece que la cosa esta animada.

El gesto de Jack reflejó cierta preocupación. Y pudo evitar decir:

—Yo he visto esa cara en algún sitio.

—Él ha estado otras veces en Nueva York, ¿no? —preguntó Ruth.

—Sí...

Fue una afirmación en la cual arrastró la sílaba.

Ruth tenía un justificado motivo para mostrar su curiosidad y fue a la otra mirilla.

Apenas la abrió y fijó la mirada en el supuesto alemán, desorbitó

la mirada por la fuerza de la sorpresa.

Volvió a cerrar suavemente, pero con firmeza se encaró con Jack para decirle:

—¿Así que las mujeres sufrimos alucinaciones, eh? ¿Y vosotros de qué sufrís? ¡De estúpida miopía, eso es!

Se mostró Ruth agresivamente hiriente, haciendo crispas a Morgan las manos.

—Calma, moracha. No te excites. Y sobre todo procura no excitarme a mí. Soy de los que se dominan, pero cuando me suelto, tengo lo mío de bestia.

—No quieres que me excite... ¿De manera que viste a Mitchel con tus ojos en el Hospital Bellevue?

—Eso dije...

—Pues o soltaste una mentira como el puente de Brooklyn o harías bien en visitar un oculista. Lo necesitas más que yo al siquiatra.

—Suelta lo que sea. No querrás decir que ese fulano...

—Justo, has acertado. Ese fulano que está con Foster es Robert Mitchel. Tengo motivos para conocerlo, ¿no?

—Supongo que sí...

—No hay alucinaciones...

Se dirigieron maquinalmente al lugar en donde se hallaba el altavoz correspondiente a los micrófonos de la mesa y dieron al conmutador del sonido.

Oyeron la voz de Mitchel en el momento en que decía a Foster: «Y la misma organización que sirve para la distribución del papel moneda, puede servir para la heroína...»

Siguió la respuesta de Foster, diciendo: «Lo he pensado más de una vez».

Tenían suficiente con lo que habían oído.

Jack, tratando de contenerse, cerró el conmutador, apagándose la voz de Mitchel.

Ruth repitió en tono de burla la frase que habían oído a Foster y dijo luego:

—¿Cuándo ni qué ha pensado él?

Morgan había logrado dominarse y le respondió:

—No seas injusta con él. Foster no tiene culpa de equivocación. Nos sirve lo mejor que sabe. Le han traído a una persona que

considera de confianza y él está siguiendo la línea que le hemos trazado.

—¡Está bien! Estoy fastidiada, ¿comprendes?

—Lo comprendo perfectamente.

Asomó a la puerta y avisó al hombre que se hallaba de guardia en ella:

—Que venga Higgins.

—Enseguida, jefe.

Poco después entraba el hombre de confianza, quien esperaba la felicitación de su jefe por su buen trabajo. En lugar de felicitación se encontró con el gesto hosco de Morgan, que le dijo:

—Te vas haciendo viejo. Tendré que relevarte Cal.

—¿Qué diablos sucede? Hice lo que se me dijo todo ha salido bien. Tú mismo lo has comprobado.

—Ese fulano que está con Foster no es el alemán. Es Bob Mitchel. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—¿Y el muerto?

—No lo sé. Tal vez sea el alemán...

No se les había ocurrido hasta el momento y al responder Morgan a las palabras de Higgins, se dieron cuenta de que se había sufrido una terrible equivocación.

Higgins se disculpó:

—No sé nada de eso. No conocía al alemán ni a Mitchel. Era Steve quién conocía a Bob Mitchel, nos dijo cómo iba vestido y forma y color de su valija de viaje...

Ruth y Morgan cambiaron sendas miradas de asombro.

—Que vengan Sutton y Steve —ordenó Morgan.

Salió Higgins, quien volvió a poco con los dos hombres que habían sido llamados.

Informados de lo que sucedía, respondió Steve:

—Cuando yo lo vi al salir de la prisión iba vestido como dije y la valija de viaje es la que señalé. Luego iba en el mismo departamento que un fulano cuyas señas corresponden con las del alemán ese que estaban aguardando ustedes.

Morgan y la morena volvieron a cambiar sendas miradas en que había ya menos asombro y más entendimiento.

A continuación informó Sutton, diciendo:

—Yo vi salir de la estación al fulano que respondía a las señas

que me habían dado. Me fijé bien en su valija de viaje y en su americana, que la llevaba colgando a la espalda. Y luego el fulano me respondió en un alemán que puedo considerar mucho mejor que el mío...

Higgins intervino a continuación para defender su parte.

—A mí me entregó la mitad de la tarjeta. Correspondía, ¿no? La traje y la comprobó el propio Jack —añadió dirigiéndose a Ruth, a la cual temía más que al propio Morgan.

—Mitchel no fue tonto nunca. Y catorce meses de prisión lo habrán hecho más avisado —dijo Ruth, lentamente—. Hoy no lo podríamos cazar como entonces.

Siguió un lapso de silencio.

Morgan, como no tenía nada que reprochar a sus hombres los despidió con el ademán, a excepción de Higgins, el cual se quedó para recibir órdenes.

El «gángster» dijo lentamente.

—Un chico extraño el tal Mitchel. Siempre tuve la impresión de que si hubiese querido no lo habríais podido liar entonces. Esa gente del F.B.I., es extraña. Tal vez admitió la prisión para entrar entre nosotros y lograr un servicio de los que coloca a un hombre para siempre.

Ruth opuso:

—No lo conoces. Tiene amor propio y si hubiera podido se habría tirado la acusación de encima. Pero debes tener en cuenta que la mayor parte de sus propios compañeros le volvieron la espalda. Le tenían envidia...

—Vamos a lo que importa...

—Lo único que importa es que Bob Mitchel no debe salir vivo de aquí. Hay que evitar que pueda comunicar con nadie lo que ha hablado con Foster.

—Debe salir vivo de aquí. Que la gente lo vea salir; pero se ha de evitar que una vez fuera pueda comunicar con nadie. Y su cadáver, si aparece, debe aparecer lejos —señaló Morgan.

—Nada que oponer —respondió Ruth.

Higgins, con sus menudos ojillos entornados espiaba, más que las palabras de una y otro, lo que se ocultaba detrás de ellas.

El hombre había admirado a Bob Mitchel cuando lo había creído el alemán Curt Eissen.

Y lo odiaba ya al saber quién era y que podía proporcionarles un grave contratiempo.

Morgan dijo a Higgins:

—Te encargarás de él. Espero que no falles.

—No fallaré.

—Cubre bien todas las salidas. El fulano es de cuidado. No olvides que perteneció al F.B.I.

—No lo olvidaré. Puedes confiar en mí.

—Confiaré en ti. Ya sabes lo que puede suceder si fracasas.

Higgins no podía saber si la amenaza que encerraban las palabras de Morgan se refería a él. O si quería significar que su fracaso podía llevar al desastre de la banda. Como fuese, prometió:

—No fracasaré.

Salió comprendiendo que confiaban en él.

CAPÍTULO VI

Mitchel encontró a la rubia Ginny Mason extraordinariamente cautivadora.

Apenas ella comenzó a cantar, acompañando su canción de graciosos movimientos, comprendió los murmullos de expectación con que fue recibida.

La rubia cantaba con una voz que calaba hondo en el que la escuchaba, por la gravedad de su tono, por lo bien que matizaba y por el sentimiento que sabía impregnar a sus frases.

Recibió Bob la impresión de que la rubia le miraba con atención en varias ocasiones.

Fueron impresiones fugaces, pero que le resultaron agradables.

Al terminar la sugestiva rubia su canción, el público se mantuvo en silencio unos instantes, dando la impresión de que le duraba aún el embrujamiento que la chica producía.

E inmediatamente rompió en un nutrido aplauso, unánime, fervoroso, aplauso que iba acompañado de exclamaciones de agrado, alabanzas y hasta algún regalo de verdadera clase.

Al saludar la rubia no le cupo duda a Mitchel que lo había reconocido y que parecía interesada por él.

Fue algo fugaz la mirada de ella; pero su expresión fue diferente a lo que había sido hasta el momento, a lo que fue después.

Se retiró prontamente entre aplausos atronadores; y pese a la insistencia de sus admiradores para que repitiera, no tardó en salir una nueva atracción.

Poco después una joven y atractiva vendedora de tabaco, bombones y otros artículos propios del lugar, se acercó a Bob, y le preguntó:

—¿El señor Curt Eissen?

—El mismo.

—Al teléfono, señor. Cabina número dos...

—Gracias.

Dio una propina Robert a la chica, se excusó con Foster y acudió a la cabina, en la cual se encerró.

Acercó adecuadamente el microauricular a su cara y dijo:

—¡Hallo!

Le respondió una voz femenina de tono grave, profundo, timbre agradable, que penetraba y conmovía. Una voz que le recordó a la de la rubia que había cantado.

—Señor Eissen.

—Al aparato. ¿Quién llama?

—No tiene importancia. Ponga atención...

—Diga.

—Han descubierto que se llama usted Bob Mitchel. Y posiblemente a estas horas hay tendido un cerco en torno a su persona. Siento no haber podido advertirle antes.

—Gracias. Mientras queda vida siempre es tiempo.

—Intentan borrarle. Estorba usted.

—Es de suponer. ¿No puedo preguntarle cómo se ha enterado?

—Habrà ocasión para todo. Ahora ya lo sabe. La idea es apresarle al salir. Y que su cadáver, de encontrarse, se encuentre lejos.

—¿Quiénes son ellos?

—Tal vez haya alguien que es quien menos puede usted imaginar. Y ahora debe perdonarme...

—Gracias...

Iba a añadir: rubia... Pero se contuvo.

Por otra parte ella no le hubiese escuchado, pues apenas se había excusado, cuando él decía la palabra que significaba su gratitud, se oyó el ruido de que la comunicación quedaba cortada.

Salió de la cabina.

Por si le espiaban, salió sonriendo.

Aquello podía ser una trampa.

Acaso no era la gente que se encontraba detrás de Foster; ni la que había tratado de asesinarle aquella tarde, matando a Curt Eissen en su lugar.

Y sí podía ser la gente de que Curt Eissen trataba de guardarse cuando hizo el cambio de americana y valija dentro del tren.

Volvió a su mesa sin poder apartar de su pensamiento lo que la

voz supuestamente amiga le había dicho.

¿Debía darle crédito?

Buscó con la vista a la chica que le había indicado que debía acudir a la cabina, pero no la encontró.

Y notó un cambio bastante notable en el gesto de Foster, quien mostraba encono y recelo en la mirada.

Experimentó el joven la sensación de que mientras él hablaba por teléfono, Foster había sido advertido.

Con inocente expresión, advirtió:

—Parece que tardan ellos.

—Ha surgido algo que les impedirá venir esta noche. Ya se los presentaré mañana.

—Casi es preferible. Aunque he descansado esta tarde, soy de los que prefieren acostarse pronto, a menos que haya algo que hacer.

—¿No cena conmigo? —preguntó Foster por puro compromiso.

—Puesto que me he de acostar pronto no será precisamente una cena lo que haré. Un ligero bocadillo y un vaso de leche...

Mitchel no había vuelto a sentarse. Y Foster se puso en pie dispuesto a despedirse.

El supuesto alemán tendió su mano derecha sin dejar de sonreír.

Vaciló Foster.

Finalmente tendió la suya, que el otro, más que estrechar, aferró.

Sin dejar de sonreír dijo Bob al abogado:

—De la manera más natural, como si fuese su gusto o que intentase vigilar me, me va a acompañar hasta donde yo le diga.

—¿Es que se ha vuelto loco...? —preguntó Foster, tratando de hacerse de nuevas.

—Nos conocemos, ¿no?

—¿Qué quiere decir...?

—Fuera caretas. Usted sabe bien que soy Robert Mitchel. Al fulano que «plancharon» sus pandilleros al salir de la estación fue a Curt Eissen. Ahora no alegue ignorancia, es completamente inútil.

Foster permaneció callado.

—¿En marcha? —preguntó.

—¿Pretende usted que le vuelvan a condenar?

—No comprendo cómo se atreve a amenazarme. Por cierto, puede advertir a Lloyd Dickinson que iré por él. ¿Está también en el

lío de la falsificación?

—No sé de qué está hablando.

—No voy a discutir. Mi fuerte no es el diálogo, como no sea a golpes o a tiros. Creo mi deber informarle que fui el número uno de mi promoción en tiro sobre blancos movibles, en lucha, judo y pugilismo...

Foster dio la impresión de que respiraba con dificultad.

Obedeció a una presión de Mitchel y comenzó a caminar en dirección a la salida, confiando en que Morgan se habría dado cuenta ya de que sucedía algo anormal.

Mitchel prosiguió diciendo:

—Tengo la impresión de que Curt Eissen no confiaba en ustedes. O temía algo por otra parte. Fue él quien dio el cambiazó a la americana y la valija que indujeron a sus pandilleros a la confusión. Yo llegué tarde a devolverle lo suyo cuando me di cuenta del cambio.

Estaban ya cerca de la puerta. Foster tragó saliva y quiso detenerse.

—Nada de eso, abogado. Siga adelante. Los pandilleros pueden estar afuera aguardando. Y usted es un buen parapeto.

Pasaron ante los galoneados porteros, ambos de talla excepcional y aspecto impresionante dentro de sus uniformes.

Mitchel maniobró llevando consigo a Foster, al cual conminó:

—Es mejor que aparezca usted como un buen amigo mío. Tal vez logre evitarse así un contratiempo.

El joven llamó un taxi.

No veía a los pandilleros de Morgan, pero los adivinaba escondidos, dispuestos a actuar a la menor oportunidad.

—Será mejor para usted que no se acerquen, Foster.

Llegó el taxi.

Mitchel, antes de tomarlo se aseguró de que no iba nadie en él a excepción del chofer.

Y obligó a Foster a subir.

Protestó el abogado, diciendo:

—Esto es un secuestro y el secuestro está castigado con...

—Lo sé de sobra. Y también con qué se castiga el asesinato. Y ustedes han asesinado a Curt Eissen.

Mitchel dio las señas del Bellevue Hospital, situado a la otra

parte de la ciudad, cerca del East River, en la Primera Avenida.

Una vez en marcha dijo al abogado:

—Vamos a ver a su amigo Curt Eissen. Así sabrá cómo queda un hombre después de un «planchado».

Señaló una breve pausa y prosiguió:

—Ustedes mandan a sus pandilleros, gente desalmada; algunos matan por placer... Pero ustedes no tienen ocasión de ver cómo quedan sus víctimas. Y ahora es una buena ocasión...

Foster rebulló en su asiento.

Sentía miedo. Pero al propio tiempo trataba de alcanzar una pistola de mediano calibre, suficiente para librarse de Mitchel si tenía ocasión de emplearla.

—No sé nada de eso, se lo aseguro —habló para distraer al joven—. Yo trabajo en lo mío, pero de muertes, nada de nada...

Mitchel permaneció en hosco silencio.

Foster, a pesar del miedo, o por el miedo mismo, prosiguió su trabajo, llegando a empuñar la pistola.

Quedaba lo que se podía suponer más fácil. Un momento de decisión y ya estaba.

Entonces recibió la sensación de que el arma pesaba más de lo que podía imaginar.

—Creo que podemos llegar a un acuerdo, Mitchel. A fin de cuentas Curt Eissen...

Se decidió a tirar del arma considerando que Mitchel estaba entretenido escuchándole.

Y cuando iba a realizar la última parte de su «trabajo» sintió que Bob le atenazaba la muñeca.

—Suelte la pistola o se la hago tragar. Y suelen resultar bastante indigestas.

Le obligó a sacar la mano vacía y se apoderó del arma.

—La guardaré como recuerdo. Y si alguien aparece muerto con esta arma no le va a resultar fácil librarse de la acusación.

Foster se estremeció. Y Mitchel siguió diciendo en tonillo irónico:

—Claro que usted puede denunciar que la pistola le ha sido sustraída. Tendrá que decir cómo y por qué... ¿Le resultará fácil?

El abogado resopló con fuerza y se mantuvo silencioso.

Mitchel vigilaba por el retrovisor y las ventanillas. Descubrió

que les seguían dos automóviles y dio instrucciones al chofer, al cual prometió una buena propina si los despistaba.

Para el chofer del taxi, un buen profesional del volante, resultó relativamente fácil despistar a los perseguidores, que siguieron en dirección al East River mientras ellos regresaban a las proximidades del punto de partida.

A la altura del Rockefeller Center obligó Mitchel a Foster a apearse.

Una vez en la acera el abogado, Bob, desde el coche, le dijo:

—Déjenme tranquilo, les conviene. Dígale a Morgan que tiraré a la cabeza y que yo sé bien en dónde les puedo encontrar a ustedes. Mientras que a ustedes no les resultará fácil localizarme... ¡Largo! —añadió despectivo.

Foster se alejó, dando la sensación de un perro apaleado.

CAPÍTULO VII

Mitchel marchó directamente al hotel en donde estaba inscrito como Curt Eissen.

Los pandilleros del grupo Morgan no habían llegado todavía en su busca, según pudo comprobar rápidamente.

Se acercó al del mostrador, al cual dijo:

—Si pregunta alguien por mí, puede decir que no me molesten. Necesito descansar. Que vengan mañana.

—Sí, señor Eissen.

—Gracias. Buenas noches.

Dio una propina y subió a la habitación que le había sido destinada.

Un vistazo le bastó para comprobar que no había tenido visita. Morgan parecía tan seguro de sí que no se había preocupado de enviar gente al hotel.

—Pero no tardará en enviarla tan pronto conozca por Foster el fracaso de sus pandilleros.

Tomó Mitchel el reducido equipaje de Curt Eissen, cerró por dentro aunque quitó la llave para que pudiesen entrar empleando otro juego, y salió tranquilamente por la de emergencia, camino que ya conocía.

Poco después, desde un teléfono público entraba en contacto con Morgan, al cual preguntó:

—¿Por favor, con la señorita Gilbert?

—No está la señorita Gilbert. Ignoro si está en la sala de fiestas. Marque el número...

Antes de que le diese el número general de la casa, interrumpió Bob:

—No se moleste, Morgan. Conozco el número perfectamente. Soy Robert Mitchel. Habrá oído hablar de mí...

Señaló una pausa para que el otro pudiese reponerse de su

sorpresa.

—Puede que a estas horas le estén chillando los oídos y todo de tanto oír mi nombre. ¿Me equivoco?

—No se equivoca —respondió Morgan con dureza de expresión, sin detenerse a pensarlo.

—No se exalte, Morgan. Si ahora le chillan los oídos es posible que lleguen a zumbarle. Y ahora, por favor, que se ponga Ruth al aparato.

Escuchó Mitchel una especie de bufido y recibió la impresión de que el otro iba a cortar la comunicación de manera violenta.

Permaneció aguardando al no oír el choque del micro contra la horquilla para cortar la comunicación.

Siguió otro bufido y a poco llegó a oídos de Mitchel la voz de Ruth.

Quería parecer firme sin lograrlo.

—¿Hallo?

—Aquí, el muerto...

—Déjate de bromas macabras...

—¡Cáscaras, Ruth! Lo mío queda en bromas, por ahora. Lo vuestro va de veras y resulta más pesado. Si no, que se lo pregunten a Eissen, si los muertos pudiesen responder...

—¿Qué quieres?

—Sencillamente, saber si realmente estabas al lado de Morgan. Saber si me has vendido...

—Tú rompiste el compromiso cuando tu condena. Lo has ratificado a tu regreso. He obrado como me ha parecido...

—No disimules, nena. Sabes bien que no voy por ahí. Morgan ha tratado de asesinarme por medio de sus pandilleros. Tú eras la única que conocía mi regreso, día y hora...

No respondió la atractiva morena.

Su respirar agitado llegó a oídos de Robert, que prosiguió ante el silencio de ella:

—¿Me has vendido o no? Entonces no lo pensé, pero cuando mi condena, únicamente tú conocías ciertos datos que señalaron mi negligencia...

Siguió el silencio por parte de ella que hubiese querido cortar la comunicación, pero le faltaron fuerzas.

Tras una pausa deliberada, medida, prosiguió el joven:

—Por cuidar tu reputación hube de admitir las lagunas que existían en el empleo de mi tiempo y que permitieron que me cargasen ciertas culpas. ¿Fuiste tú quien dio esas horas en que yo no podía justificar el empleo del tiempo, para que ellos me cargasen?

Ella tardó en responder.

Al fin lo hizo con brío, con decisión:

—Sí, fui yo. Si puedes, vuelve ahora las cosas atrás. No tienes prueba alguna contra mí. Y serías el hazmerreír de todos.

—No se trata volver ahora la rueda atrás. Quería saber en qué bando estás. Ahora sé que no debo tenerte compasión. Y no te la tendré. Los fríos asesinos de tu calaña no la merecen.

Después de semejantes palabras fue Robert quien cortó la comunicación, convencido de que su clara posición no podía menos de hacer mella en el ánimo de Ruth, de su compinche y de los que dependían de ellos.

Al terminar la conversación telefónica tomó un taxi, que le dejó cerca del apartamento de Rory Martín.

Llegó a él. Rory estaba preparándose una modesta cena.

—Te ayudaré y la compartiremos.

—¿No has cenado?

—No me han dado tiempo, Rory. Trabajo intensivo.

—¿Qué ha sucedido?

—He llegado antes de lo que imaginaba. Y me han descubierto pronto. Curt Eissen ha muerto ya totalmente —anunció Bob.

—Comprendo. Y Robert Mitchel vive.

—Justo. Está vivito y coleando, para desesperación de Jack Morgan y su banda.

Suspiró el joven con expresión cómica y anunció:

—¡El mundo es un pañuelo, amigo mío! Los amigos de Curt Eissen y mis enemigos, son los mismos...

—Y has ido a caer en la misma boca del lobo.

—Precisamente en la boca del lobo, no, pero en la madriguera, sí. Una madriguera de la que he podido salir con cierta facilidad gracias a alguien que me ha advertido.

—¿Así, pues, has conseguido amigos entre ellos?

—Si no amigos, sí una amiga...

—Siempre tuviste suerte entre ellas. Cuenta...

Mitchel relató de manera resumida lo sucedido desde que se

habían separado.

Cuando hubo terminado, exclamó Rory:

—¡Diablos! Menudo susto has debido darle a Ruth.

—No estuvo mal. Sin embargo, mi visita constituyó un fracaso para mí.

—¿Por qué...?

—Debí verla a ella antes que a ti. Yo quería saber si conocía mi muerte porque había intervenido en ella, o por la Prensa. Llegué cuando ya había salido la Prensa y me quedé sin fundamento para acusarla.

—Un fallo, pero que ha quedado subsanado luego.

—De no haber tenido ese fallo habría ido preparado al tugurio de Morgan. Así, han estado a punto de sorprenderme...

Permanecieron silenciosos, pensando cada cual según su posición ante el caso que se les planteaba.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Rory.

—Atacar sin darles ocasión a que sean ellos los primeros en lanzarse. Debo tomar la iniciativa para obligarlos a colocarse en una situación defensiva.

—¿Has pensado en mi ayuda? El caso de falsificación es delito federal y entra de lleno en nuestras atribuciones.

—Sí, he pensado en tu ayuda.

—Lo malo es que no hay la mínima prueba que nos permita actuar oficialmente contra ellos.

—Ya lo sé...

—No tenemos más que una simple conversación de uno de los miembros de la banda, sostenida con un hombre que termina de cumplir una condena por negligencia y complicidad (más o menos supuesta) con los miembros de una banda de distribuidores de drogas.

—No he perdido de vista esos antecedentes míos que hacen perder todo su valor a mi testimonio. Así como el hecho de que yo estuviese suplantando la personalidad de Curt Eissen, que había sido asesinado ante mis propias narices pocas horas antes.

Tras las palabras últimas de Mitchel dejando bien sentada la situación real del momento, los dos hombres volvieron a guardar silencio.

Lo rompió el propio Mitchel para decir:

—Necesitamos pruebas.

—Sí...

—Eso corre de mi cuenta. Y para lograrlas yo es para lo que necesito tu ayuda.

—Veamos —pidió Rory.

—Sencillamente; necesito que entretengas a la gente de Morgan.

—¿Cómo?

—Vigilándolos. Pero de forma que ellos se den cuenta. Mientras se mantienen preocupados por la vigilancia a que los sometas con tus compañeros, yo, podré actuar con cierta libertad.

—Tú serás el primer objetivo de ellos.

—De, acuerdo. Estoy solo contra todos ellos. Pero si Morgan y sus pandilleros tienen que pensar en su propia seguridad, mi trabajo resultará más fácil.

—Comprendida tu idea. Me parece buena, pero...

—Sí, hay un inconveniente. La gente escasea, tú no puedes disponer... Habrías de contar con el intendente Murphy.

—Justamente —admitió Rory.

—Para contar con él habrías de hacerle un relato de lo que conoces por mí. Puede que él no le diese crédito...

—Él le daría crédito tratándose de ti. Pero no podría justificar su acción ante sus jefes —dijo Rory.

—Sí. Estamos encerrados en una especie de trampa que se debe romper a fuerza de tesón. Y la romperemos —señaló Mitchel.

—Veamos —pidió Rory tras corta pausa.

—Ellos saben que su sucio negocio de falsificación está descubierto por mí —señaló Bob.

—Sí. La cosa les inquietará; pero al propio tiempo les pone en guardia y se reservarán por el momento.

—¿Quién puede ser ese discípulo de Solly Smolianoff? —preguntó Mitchel.

—Tuvo tres discípulos, que sepa. Uno murió acribillado a balazos hace unos tres años, en Tokio.

—Sí, recuerdo algo de eso.

—El otro hace dos años que está preso, bien vigilado, sin posibilidad de trabajar.

—¿Puede haber dejado hechas las planchas?

—Puede. Es algo que jamás se debe descartar. El tercero es Jerry

Miles. Desapareció en un accidente de aviación. Su cadáver no fue encontrado. Lo mismo sucedió con otros pasajeros.

—Hemos de contar con Jerry Miles.

—Contaremos con él.

—Busca datos familiares. Cuando la gente se ve en peligro, acude a la familia; puede ser el caso de Jerry. Tal vez por su familia llegaremos a estar sobre sus huellas, si es que vive.

—De acuerdo.

—Nada más. En la medida de lo posible vigila de cerca a Morgan y su gente. Si tienen un taller lo tendrán bien escondido. Necesariamente alguien tendrá que servir de intermediario entre el taller y la organización.

—Sí. Eso está claro.

—Hay que descubrir a ese intermediario —señaló Bob—. Por mi parte trataré de ponerme en contacto con esa rubia que me ayudó. Ella debe saber cosas. ¿Quién puede ser ese tipo con aspecto de pugilista que la acompañaba?

—Puede ser Irving Castle, conocido como «Kid Relámpago» en el mundillo del deporte. Era socio de Morgan, pero parece que riñeron. También puede ser Kirk O'Neil, una promesa de los pesados, conocido por «Young Ciclone»...

—Conozco a «Kid Relámpago». No era él. Tal vez fuese «Young Ciclone». Por otra parte, si «Kid» y Morgan riñeron, no creo que ella, trabajando con Morgan, se atreva a dejarse ver por ahí con Kid.

—Bien razonado...

—Mi próximo objetivo será ella. Así sabré hasta qué punto puedo contar con su concurso —decidió Bob.

—¿No será que te gusta la chica?

—Me gusta la chica. Pero pienso más aún en lo otro.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente la Prensa se ocupaba de una matanza entre hombres de dos bandas rivales en las inmediaciones del «Staten Island Zoo».

No se mencionaba nada que se refiriese a los motivos del choque, ni a las bandas a que pertenecían los luchadores.

Pero Rory pudo informar pronto a Mitchel que dos de los que habían caído pertenecían a la banda de Morgan.

La polvareda levantada por la matanza hizo que pasase inadvertida la noticia rectificando que el hombre que había muerto atropellado a la salida de la Pennsylvania Station había sido el alemán Curt Eissen y no Robert Mitchel, como por una confusión se había informado en principio.

La rectificación era escueta, no entraba en detalles los motivos de la confusión.

—¿Qué puede haber motivado esa matanza? —preguntó Mitchel a su amigo.

—Rivalidades entre dos bandas. ¿Qué otra cosa puede ser?

—¿Entre qué bandas? Bien, tenemos una que es la de Morgan. ¿Cuál es la otra?

—Lo ignoro. Gente nueva en Nueva York, aunque no tardaremos en saber de dónde procede, si te interesa.

—Puede interesarme...

—En ese caso trataré de informarte lo antes posible —manifestó Rory.

—Ahora vamos a tratar de los motivos.

—Será más difícil de saber...

—Conociendo cuál es la banda que ha luchado contra la de Morgan, será más fácil conocer los motivos de la lucha.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—Pero antes de conocer a qué banda pertenecen los otros,

podemos tener una idea bastante aproximada por simple deducción —señaló Mitchel.

—Veamos qué deduces de esa matanza.

—¿Qué negocio primordial lleva Morgan entre manos? —preguntó Mitchel.

—El de la falsificación. Algo que gracias a ti se conoce y que está fuera de toda duda.

—¿Por qué tenía miedo Curt Eissen a su llegada, hasta el punto de intentar ser confundido?

—A eso no te puedo responder.

—Tampoco yo encuentro más explicación que la que ya vimos ayer y que no me resulta del todo convincente.

—¿Así pues...? —preguntó Rory.

—Alguien quiere pisar el negocio a Morgan. ¿Quién puede ser?

Rory Martín movió la cabeza en sentido afirmativo, diciendo:

—Creo que has acertado. Tiene que ser «Kid Relámpago», el antiguo socio de Morgan.

—Justo. Creo que al fin hemos llegado a una buena conclusión. Se impone localizar a «Kid Relámpago» y vigilarlo —opinó Mitchel.

—Yo voy a tratar de ocuparme de Morgan y su gente. Tú me has dado un motivo para recabar la ayuda del intendente Murphy. Cuídate tú de «Kid Relámpago», aunque por mi parte haré también lo que pueda en ese sentido. ¿Contento? —preguntó Rory.

—No esperaba menos de ti —respondió Mitchel, estrechando la mano que le había ofrecido su amigo.

Tras un breve lapso de silencio dijo Mitchel:

—He de ver a esa rubia. Para saber hasta qué punto puedo contar con ella, y porque lo mismo que se enteró de lo que se tramaba contra mi persona, puede conocer cosas que nos interesan.

—Cuidado, Bob. No la comprometas. Si la ven contigo después de lo sucedido anoche, no me extrañaría que la barriesen.

—Si llegase a suceder eso, pasara lo que pasara barrería yo a Morgan; y que me detuviese ahí.

Con gesto de travesura fue Bob hasta el aparato telefónico y marcó el número de Ruth Gilbert.

Tardaron en responderle. Y lo hizo la propia Ruth, que preguntó con voz soñolienta:

—¿Quién es?

—Aquí, el muerto...

Oyó resoplar a Ruth, que le respondió a poco con mal contenida ira:

—Me estás fastidiando con tus bromas, Bob Mitchel.

—Quería darte el pésame por el desastre que sufrió anoche vuestra gente junto al «State Island Zoo». Naturalmente, la gente de «Kid Relámpago» tuvo más bajas que vosotros. Lo habréis dejado casi en cuadro.

—En la Prisión del Estado son demasiado benévolos. Debieron haberte machacado, por traidor.

—Te quería decir una cosa y no te molesto más...

—Termina, escarabajo... —respondió la morena, de mal talante.

—He tomado mis medidas para si sucediese algo a alguno de mis amigos, barreros a Morgan y a ti. Es en respuesta al intento de asesinato de ayer. Y cuenta que el mejor amigo que tengo es Robert Mitchel. Lo conoces...

—Desgraciadamente, demasiado bien.

—Nunca se conoce demasiado bien a una persona. Tú conocías bien al Robert Mitchel confiado y bondadoso...

—Déjate de filosofía barata.

—No conoces aún al otro Mitchel, ni conseguirás nunca tomarle la medida. Y nada más. Saludos al gorila de Morgan.

Cortó la comunicación enhorquillando el tubo y se volvió hacia Rory, que le escuchaba sonriente.

—La conozco bien. Si no le ha dado el ataque de nervios, le faltará poco. Y lo pagará alguno de los jarrones que tenga al alcance de la mano a menos que esté con ella el propio Morgan.

—No creo. Parece que ella cuida bastante de su reputación. Me refiero a la parte exterior...

—Te he comprendido. En ese sentido la conozco bien.

Tras breve transición dijo Mitchel:

—Ahora están advertidos. Si barren a la rubia o me barren a mí, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No te preocupes. Los llevaré a la silla eléctrica sin que nada ni nadie pueda evitarlo. Ahora sé bastantes cosas de ellos.

A Mitchel no le resultó difícil descubrir el lugar en donde habitaba la rubia Ginny Mason.

Se trataba de una residencia para señoritas en la cual no

permitían la entrada a los hombres.

Aquello lo consideró Mitchel como un buen augurio; aunque recordó que cuando conoció a Ruth también vivía en una residencia de aquel tipo y luego no había desdeñado acompañarlo a su apartamento.

Ginny, después de asistir a la academia, hacia su almuerzo, bastante copioso, en un «automático» de la calle Cuarenta y Dos.

Aquel día se retrasó un poco y su sitio en la mesa que ocupaba normalmente con algunas compañeras, no estaba libre.

Mitchel, que la había seguido discretamente para luego elegir un almuerzo muy similar al de ella, señaló hacia un discreto lugar.

—Aquel rincón es bueno. Su sitio habitual está ocupado hoy. Ha llegado usted un poco tarde.

La rubia no mostró sorpresa alguna y aceptó la invitación, dirigiéndose delante hacia el lugar que le había señalado Mitchel.

Depositó la bandeja en la mesa y antes de acomodarse dijo:

—Temí que me buscaría. No ha debido hacerlo.

—El que me vean con usted, la compromete.

—Más de lo que yo quisiera...

Se habían sentado los dos jóvenes, haciéndolo frente a frente.

Bob tendió sus manos, estrechando las de ella.

—Antes que nada, gracias por su aviso.

—Es inútil negar que fui yo, ¿verdad?

—Completamente inútil.

—Lo suponía, aunque intenté disfrazar mi voz.

—Su voz es inconfundible, lo mismo que usted. Parecía usted conmovida y me miró en dos ocasiones dándome la impresión de que tenía algo que decirme.

—Sí, fue mientras cantaba. Soy una tonta sentimental.

—Es usted una criatura encantadora, con buenos sentimientos, que se compadece del débil.

—Usted no tiene nada de débil. Pero querían asesinarlo y debía avisarle.

—De acuerdo. Sin mencionarla a usted personalmente ellos están advertidos ya. Si la tocan, caerán irremisiblemente.

Lo dijo en un tono firme, seguro, sin jactancia, haciendo sentir miedo a la rubia.

—¿Ha hecho eso? —preguntó la rubia, asombrada.

—Sí. Ellos habrán pensado que me debió avisar alguien. ¿Por qué no usted, cuyo desplazamiento al teléfono pudo haber visto alguno de sus pandilleros?

—Gracias por su protección; pero tomé mis precauciones y comencé por protegerme —dijo la rubia con expresión que resultó desconcertante para Mitchel.

—Es usted una chica valiente. Siempre es mejor así, que no se arredre.

Habían comenzado a comer, justificando la rubia:

—Tengo el tiempo tasado.

—Cuando me vio en el tren, ¿sabía que tenían planeado mi asesinato?

—Le hubiera advertido, lo mismo que hice anoche —respondió la rubia.

—Le ruego que me disculpe. La verdad es que la estoy interrogando como si fuese un policía.

—Usted fue policía, ¿no?

—Sí...

—Usted era del grupo de los seleccionados por sus dotes en el F.B.I.

—Sí; pero aquello duró poco. Dos fueron asesinados a poco de ser detenido yo, otro fue enviado a San Francisco y el cuarto a Seattle.

—No queda en Nueva York más que Rory Martín. Un buen muchacho, pero sin la capacidad de los otros cinco que constituían el grupo. A Rory Martin solo no le tienen miedo —dijo la rubia.

—Está enterada usted de muchas cosas.

—Se enterar sin querer. A veces parece imposible que gente que se juega tanto, pueda ser tan indiscreta... —dijo la rubia.

No se atrevió Mitchel a formular su pensamiento. Pero Ginny, como si lo hubiese adivinado, dijo sin dejar de sonreír:

—No, no me prestaré a servir de testigo contra ellos. Para servir algún día de esa forma sería apoyándome en pruebas tan concluyentes como para que ellos no pudiesen escapar a la silla.

Sin dejar de sonreír, Ginny, en aquel momento no daba la impresión de dulzura que era habitual en ella. Había algo de fiereza que no dejó de impresionar a Robert.

Fue como una ráfaga que pasó rápidamente, volviendo la rubia a

su normal femineidad.

Había un fondo atormentado en la atractiva rubia y Mitchel decidió que debía aguardar a otra ocasión para que ella se confiase.

Decidió variar de conversación. Y dijo:

—La hubiese buscado de todas formas, Ginny...

—¿Qué quiere decir...?

—Aunque no nos hubiésemos visto anoche en el «Treinta y Tres» ni me hubiera tenido que avisar, la habría buscado. Me gustó usted en el tren y decidí ser su amigo, para empezar.

—No sé cómo me hubiese podido encontrar a no ser por la casualidad que se dio anoche.

—La habría encontrado. Tenía una buena pista: es usted inconfundible...

Señaló para su pelo. Ella rió y dijo:

—En Nueva York hay miles de chicas como yo...

—No estamos de acuerdo. Es usted única.

Ella se sintió halagada aunque procuró no reflejarlo. Y Bob prosiguió:

—Además, tenía la pista de Kirk O'Neil...

—¿Se refiere a «Young Ciclone»?

—Sí...

—Fue un encuentro casual.

—No es que intente entrometerme en su vida; pero me dio la impresión de que él la esperaba.

—No sé. Puede que me esperase. Si es así, pierde el tiempo...

Volvió a cruzar como una ráfaga la expresión atormentada, fiereza y dolor que ya anteriormente había reflejado la rubia sin poder evitarlo.

Robert estrechó efectivamente la diestra que se hallaba sobre la mesa.

—No debe atormentarse, rubia... Tengo la impresión de que nos encontramos solos los dos en medio de la inmensa urbe...

—Pues casi. Me siento terriblemente sola.

—En lo sucesivo me sentirá cerca de usted.

—¿Cómo en el tren? —preguntó ella con picardía—. Creo que se excedió un poco —dijo a continuación seriamente.

Bob recorrió con la mirada las formas de la joven que se acusaban sugestivas bajo la ropa y respondió:

—Comprenderá que resulta de una atracción irresistible.

Lo dijo con gracia que provocó la risa de la rubia.

—Es preferible reírse y olvidarlo... Yo venía de actuar un par de noches en Montreal...

La rubia desvió la conversación hacía cosas triviales mientras duró el almuerzo. Y cuando se despidió de Mitchel, dijo a la vez que se dejaba estrechar la mano:

—Prefiero que no me acompañe. Le deseo mucha suerte. Y créame, olvídese de mí.

CAPÍTULO IX

Robert Mitchel sabía bien que se producían casualidades. A veces la casualidad ayudaba; en ocasiones, fastidiaba.

Pero estaba claro que no se podía confiar en la casualidad cuando había que resolver situaciones como la que él tenía planteada.

Ginny, después de su actuación, se apresuró a vestirse y a salir.

Respiró aliviada al no ver a Mitchel durante el trayecto de más de trescientos metros que hizo a pie. Tranquila por aquella parte, tomó un taxi.

Y una vez en él fue cuando descubrió que era seguida, y precisamente por el exagente del F.B.I.

—Tengo que despegarlo...

Pagó la rubia al chofer con esplendidez cuando ya estuvo cerca del lugar adonde acudía y le indicó:

—Al girar por la próxima esquina, aminore la velocidad. Tan pronto como yo me haya apeado, corra y maree un poco a ese coche que me sigue. Hasta que termine el dinero que le he dado.

—Si usted me lo pide lo paro por las «buenas» —dijo el chofer en plan jactancioso, acentuando significativamente la última palabra.

—Precisamente lo que deseo es pasar inadvertida. Gracias, muchacho...

—De nada. Si lo quiere así, esté preparada para saltar...

Obedeció ella.

Maniobró el hombre hábilmente, con gran dominio del volante, y Ginny saltó.

Luego le fue fácil ganar la pared y buscar refugio en la profundidad de un portal mientras el chofer lanzaba de nuevo el automóvil a la vez que cerraba la portezuela.

El taxi en que iba Bob pasó raudo a unos metros de las narices

de la sonriente rubia, perdiéndose muy pronto de vista.

Y Ginny se apresuró a abandonar su escondite, marchando en dirección contraria a la que había seguido el automóvil en el último minuto.

—Cuando se dé cuenta del engaño será un poco tarde ya.

Brilló en los ojos de la rubia una expresión de graciosa travesura que le daba un poco encanto y siguió andando con su elástico caminar.

Pero contra lo que la sugestiva rubia podía imaginar, Bob se dio cuenta muy pronto de que ella había abandonado el vehículo.

Sacó un par de billetes pequeños, los alargó al chofer y dijo:

—Deténgase y no se preocupe por lo que sobra.

Antes de que el auto se detuviese ya Bob había saltado del mismo, volviendo rápidamente hacia atrás.

Y al girar la esquina vio a Ginny en el momento en que desaparecía por la otra esquina tras haber abandonado el portal en que había buscado refugio.

Marchó con ligereza y llegó a descubrirla nuevamente cuando ella iba a mitad de manzana.

Se hallaban en el China Town y estaba claro que la chica lo conocía perfectamente.

Apartó la rubia de un manotazo a un jovenzuelo en plan gamberro, haciéndolo con tal energía que el muchacho se fue al suelo sobre las posaderas.

Hubiese intentado vengar el hecho, pero vio llegar a Bob, se dio cuenta de que seguía a la rubia y se alejó rápidamente, temeroso de ser castigado otra vez.

Pero si la rubia conocía bien el terreno, Bob lo conocía mejor que ella.

Se detuvo Ginny ante una puerta. Antes de llamar miró para asegurarse de que no era espiada.

Bob estaba habituado a seguir gente y la rubia no se pudo dar cuenta de su proximidad.

Y cuando apenas había llamado ella, el exagente del F.B.I., se encaramaba a una casucha de piso y planta, pareja a la que se disponía a entrar la rubia.

Ambas estaban en plan de derribo y lo sorprendente para Bob, si algo le podía sorprender, fue que un ser viviente se alojase en una

de las casas.

Mitchel, pese a desenvolverse en la oscuridad, favorecido por la suerte, pudo llegar hasta la proximidad de donde había sido recibida Ginny por alguien a quien el joven no alcanzaba a ver.

La última parte de su recorrido la había hecho con seguridad, guiándose por las voces de Ginny y un hombre cuya voz era bastante bronca.

El hombre decía cuando Robert estuvo en condiciones de entenderle:

—Tus informes eran buenos; pero yo estoy vendido, Ginny. Alguien se fue de la lengua y estaban esperándonos...

—Te dije que no debías admitir junto a ti a nadie de los que habían sido leales a Morgan... —respondió Ginny.

Mitchel hubo de dominar las más encontradas emociones que despertaron en él las palabras de Ginny.

Ella era miembro de la banda enemiga de Morgan. El hombre que la había recibido era Irving Castle el antiguo «Kid Relámpago», que había sido socio de Morgan y se había convertido en su más encarnizado enemigo.

—No estaba preparado para enfrentarme con él debí comprenderlo. Han ido cayendo todos a mi alrededor. Jack es de los que no perdonan... —lamentó Irving.

—Tal vez si le pides perdón consigas algo —dijo Ginny, en respuesta donde campeaba despectiva ironía.

Irving descargó un puñetazo sobre un tablero y gritó:

—¡No vuelvas a hablarme así!

—¿Cómo voy a hablarte si estás gimiendo que das lástima? —preguntó la rubia.

—¡Tienes razón! Merezco que me abofeteen... Total, ellos han cambiado de guarida. Lo he podido saber por Kirk...

—¿Y a dónde han llevado la «mercancía»?

—Cuando ya la tenía uno de mis muchachos, logró arrebatársela Steve. No sé en dónde puede estar él...

—¿Huyó...?

—Sí, solo...

—Tal vez yo logre saberlo. Y si lo consigo, me haré con ella.

—¿Tú sola? —preguntó «Kid Relámpago», asombrado.

—Yo sola. He hecho siempre lo más difícil, ¿no?

—Hay que reconocer que, menos liarte a tiros, has hecho lo más difícil, de verdad —admitió el «gángster».

—Y Morgan no tiene ni idea de que soy su enemiga...

—Cierto también... Tal vez sea porque lo deslumbras. Eres una chica estupenda, Ginny. Puedes hacer cerrar los ojos a quien quieras, lograr que piensen lo que tú desees...

Había mal contenida pasión en la voz del «gángster» y Robert se preparó para actuar en favor de Ginny si era necesario.

La rubia respondió con seguridad:

—Quedamos en que de eso ni una palabra, o no me volverás a ver...

—Está bien, rubia, no he dicho nada.

—Hay veces que sin decir se expresa más que con las palabras. Y a mí me gustan las cosas claras.

Tras una corta pausa dijo «Kid Relámpago», con voz casi normal:

—Está bien, rubia. Ni una palabra más... Tenemos que vencer. Si lo consigues, será para ti la mitad de lo que se saque.

—Por eso quiero actuar sola. No me gusta compartir con nadie lo que puede ser mío.

Se disponía a marchar la rubia, pero «Kid» le pidió:

—Aguarda un momento. Tenías razón... Debes conocer bien a la gente con la que puedes tropezar... Y quiero que de ocurrirme algo, si me sobrevives, que me vengues.

—Te vengaré, no te preocupes. Y estoy segura de que tú me vengarás si soy yo la que cae.

A Mitchel le asombró la fría decisión de Ginny, aquel valor que no tenía nada de ficticio.

Apenas podía ver a «Kid Relámpago», pero la veía a ella bastante bien a pesar de que no abundaba la luz.

Al quedar sola la rubia, trató Mitchel de conocer por su expresión cuáles podían ser sus pensamientos. Pero Ginny era la máscara de la impasibilidad en aquellos momentos.

«Kid Relámpago» tardó muy poco tiempo en regresar a la salita en donde había quedado Ginny, a la cual alargó unas cartulinas.

—Ahí tienes. Son datos y fotografías de interés. He quitado de ahí a los que cayeron anoche...

—Estupendo...

—Si te vieses acorralada, si la venganza llegase a peligrar,

entrega eso a la «poli». Que nos venga ella.

—No es eso lo nuestro, pero si tú lo dices, lo haré —admitió Ginny.

—Debes hacerlo. A fin de cuentas, tú no terminas de ser de los nuestros, eres diferente. Acude a la «poli» si te ves perdida, rubia. Yo no puedo hacerlo...

—«Okey»...

Ginny iba repasando las fichas lentamente procurando grabar en su memoria la fotografía de cada rostro, recordando nombres y algunos de los hechos que se citaban.

Cuando estuvo segura de que recordaría lo que le interesaba, devolvió las fichas a «Kid».

—¿Conoces algunos de esos fulanos?

—A unos sí y a otros no. A algunos los he visto ir de un lado para otro, pero no podía imaginar que eran del «gang».

—Ya lo sabes, rubia. Y ahora, ten cuidado.

—No te preocupes... Fracasado el negocio con Curt Eissen, ¿tienes a quien vender? —preguntó la chica.

—Sí. Puedes dejar eso en mis manos. Ahí no fracasaré —aseguró «Kid».

Ginny marchó delante de «Kid» en dirección a la salida.

Se movía con una seguridad que llegaba a resultar impresionante, sin coquetería alguna, como si en aquel momento no fuese una mujer, sino un «gángster» más.

Mitchel aprovechó el momento en que «Kid» acompañaba a Ginny para abandonar su escondite y salir a la calle sin que la atractiva rubia le pudiese tomar demasiada ventaja.

Le hubiera gustado echar un vistazo al fichero del «gángster». Pero éste lo había llevado consigo mientras acompañaba a Ginny.

Sentíase el joven vivamente impresionado por lo que había visto y oído; y más aún que impresionado, desilusionado, aunque por el momento decidió que no diría nada a Rory.

—¿Quién podía imaginar que esa chica pudiese ser un personaje turbio, una hampona más? ¡Eso es para que se fíe uno de las apariencias!

Antes de saltar a la calle oyó el ruido de los pasos de Ginny. Y segundos después pasó la chica a menos de dos metros de donde él se hallaba escondido.

Observó Robert que ella no dejaba huella alguna de perfume.

—Esta chica no tiene nada de tonta. Sabe que un perfume puede delatarla.

Tras semejante observación decidió que la seguiría.

—Y cuando ella se apodere de la «mercancía», se la arrebataré...

La idea de que se iba a valer de una mujer para el logro de uno de sus fines, le hizo sentir vergüenza hasta el punto de que señalando un ademán de indiferencia, dijo para sí:

«Ya veremos... ¿Acaso no es ella una hampona más? No, no es una hampona más. Aquí sucede algo extraño...»

Le acudió entonces al pensamiento las palabras de «Kid» sobre que ella era capaz de hacer cerrar los ojos a quien quisiera y lograr que pensara lo que ella deseara.

—¡Al diablo todo! ¡Haré lo que me convenga! Pero sin olvidar nunca que ella me ayudó anoche...

CAPÍTULO X

Ginny salió del China Town, sorprendiendo a Robert cuando tomó impensadamente un taxi, el cual abandonó en las inmediaciones del Madison Square Garden.

Gracias a que la suerte fue una vez más aliada de Mitchel, este pudo seguir a la sugestiva rubia.

Cuando ella dejó el taxi, Bob, que había comenzado a calar en ella, no abandonó el suyo.

La rubia entró en un «night club» que tenía salida a otra calle.

Comprendió Bob que ella intentaba deshacerse de quien la pudiera seguir y dio orden al chofer para que se apresurara.

Llegó a tiempo de ver que la rubia, tras salir por la otra puerta del establecimiento, tomaba el mismo taxi que había dejado anteriormente.

—Bien, rubia. No has querido dejar nada al azar... —comentó Bob.

Por la calle Cincuenta y Siete pasó el automóvil en que iba Ginny hasta la Quinta Avenida, descendiendo por ella hasta la calle Catorce, siguiendo por el East River Park para dirigirse luego hasta el Bowery, el barrio más miserable de la ciudad, próximo a China Town, en el cual habían iniciado el viaje que hubiese podido parecer absurdo a quien no conociera los fines de la joven.

Una vez en The Bowery, a pie ya, la chica dio la impresión de que se transformaba, comportándose como una de tantas trotonas que esquivando a la policía buscan la compañía del momento.

Cerca de una prendería se hallaba un hampón, indolentemente reclinado contra la pared.

Daba la sensación de que dormitaba, que no tenía dinero ni para pagarse una miserable cama de las que se alquilaban por horas.

Ginny pasó junto a él dando la sensación de que no le prestaba atención, de que no lo consideraba un posible cliente.

Apenas hubo pasado la atractiva rubia, el hombre, tras echar una escrutadora mirada en torno, giró rápido y se situó a espaldas de ella.

Bob se había pegado materialmente a la pared, permaneciendo invisible.

No dejó ver el hombre ningún arma, pero por la forma de conducirse Ginny comprendió Mitchel que habían logrado sorprenderla y que la amenazaban con una pistola.

La sugestiva rubia había abandonado su exagerado contoneo y caminó de forma rígida, seguida de cerca por el hampón.

Bob no pudo oír nada, pero intuyó que el hombre daba órdenes a la chica.

Y ambos penetraron en la prendería cuya tienda, mal abastecida, se hallaba solitaria en aquel momento.

El hampón, una vez dentro, apartó una simple cortina descolorida y obligó a entrar a la rubia en una pieza pequeña, maloliente, al fondo de la cual, pese a la oscuridad, se distinguía una puerta.

La puerta estaba cerrada.

El hombre, sin dejar de encañonar a Ginny, entonces de una forma clara, abrió con la mano libre.

Y aquel movimiento le resultó fatal pues Ginny saltó ágilmente, saliéndose de la trayectoria que podían seguir los proyectiles.

A la vez que saltaba, la rubia empuñaba su propia pistola por el cañón; y golpeó furiosamente en la nuca al hombre.

Bob, procurando no hacer ruido, tratando de descubrir si había algún otro vigilante, había adelantado con rapidez para auxiliar a Ginny.

Pero una vez en la pieza, se mantuvo quieto, a la expectativa, refugiándose en el rincón más en sombra del lugar.

Vio Mitchel cómo el hampón se tambaleaba al primer golpe, resistiéndose a caer.

Pero Ginny repitió el golpe con pasmosa rapidez y seguridad. Y el hombre se desplomó, totalmente vencido.

Mitchel sintió ganas de aplaudir.

La rubia no se había dejado vencer un solo instante por los nervios y apenas hubo caído su enemigo se valió de la ropa del mismo para confeccionarle una mordaza, que le colocó, atándole a

continuación sólidamente de pies y manos.

Cuando terminó su obra, Ginny evidenciaba satisfacción.

Apartó a un lado a su enemigo y se adentró por la puerta abierta, empuñando en la diestra la pistola que le había servido para derrotar al hampón.

Mitchel, tan pronto vio que Ginny entornaba la puerta tras pasar ella, cruzó la pieza y llegó hasta la misma puerta.

Había desenfundado la pistola y se preparó para proteger a Ginny si ella lo necesitaba, sin olvidar la vigilancia de la entrada, para evitar la sorpresa.

Al rebasar la puerta, la rubia vio ante sí un largo pasillo, al final del cual se divisaba un rectángulo iluminado, correspondiente a la entrada de una pieza en la que conversaban algunos hombres.

Robert se acercó al hampón que yacía atado y amordazado, se aseguró de que Ginny había realizado un trabajo concienzudo y siguió el mismo camino que ella, dejando cerrado a sus espaldas.

Se mantuvo siempre a la sombra.

Y divisó a Ginny, que se había detenido cerca de la entrada iluminada al fondo del pasillo.

Robert aguardó la iniciativa de ella.

La audaz rubia no tardó en tomar su decisión.

Adelantó ligeramente al comprobar que eran solamente tres los hombres con los que tenía que habérselas, surgió atrevidamente ante ellos, y exclamó con expresión tajante:

—¡Quietos! No se muevan y levanten los brazos. Reconoció a los tres hombres. A dos de ellos por las fichas que le había mostrado «Kid Relámpago»; al tercero, llamado Steve, porque era uno de los hombres de confianza de Morgan.

La miraron sorprendidos; y hubieron de obedecer a regañadientes.

Steve dirigió su mirada en dirección a la puerta, extrañado de que la joven hubiese podido llegar hasta el lugar.

El hombre dijo finalmente:

—Te has metido en un feo asunto, rubia. Da la vuelta, lárgate y olvidaré que te he visto. Una chica tan linda como tú merece un poco de consideración.

Ginny no se dejó impresionar y volvió a hablar con acento amenazador.

—Tienen tres minutos de tiempo para entregarme las planchas...

Se miraron entre sí los tres «gangsters», como si no comprendiesen y se tuvieran que enfrentar con una loca.

—¿Qué quiere decir ésta? —preguntó uno de ellos—. Creo que funciona del último piso.

—Mi último piso está perfectamente. Procura que no te dé una muestra contundente de ello —manifestó la rubia.

Steve, por su parte, tras una carcajada de violenta burla, una risa hiriente, preguntó:

—¿No quieres nada más, rubia? No es demasiado lo que pides si se tiene en cuenta lo que vales. Pero todo tiene un precio. ¿Estás dispuesta a pagar?

Le dirigió una mirada sucia recreándose en las sugestivas formas de la joven, quien pese al insulto que encerraban las palabras de Steve no perdió la serenidad.

—Te voy a volar los sesos, Steve, sucio asesino. Tú preparaste el asesinato de Mitchel, aunque quien pagó fue el alemán. Y suprimirte es hacer un bien...

—¡Vaya! Parece que estás enterada de cosas...

—No trates de ganar tiempo dándole a la lengua tontamente. Te quedan cuarenta segundos...

El tono en que se manifestaba Ginny resultaba lo bastante inquietante como para imponer a los tres hombres.

A las palabras de la audaz rubia siguió un silencio opresivo que hablaba bien claro de la inquietud que vivían los hampones.

Los tres hombres forzaban su cerebro tratando de hallar una salida a la difícil situación que tenían planteada.

En cuanto a Ginny, se esforzaba en mantener el dominio de sus nervios.

—Veinte segundos —advirtió la rubia.

Mitchel, que se mantenía cerca de la puerta, llegaba a percibir el respirar un tanto anhelante de los cuatro seres cuyos nervios llegaban a la máxima tensión.

—Quince segundos...

De improviso saltó uno de los hombres, intentando sorprender a Ginny.

La audaz rubia estaba atenta y pulsó el disparador de la pistola.

La detonación retumbó fuertemente en el pequeño local, cuyas

paredes devolvieron el eco multiplicado; y el atacante, haciendo una violenta crispación, se desplomó.

Al caer, una vez en tierra desenfundó su pistola; pero un nuevo disparo de Ginny le obligó a soltarla.

Los dos compañeros del herido se arrojaron al suelo, derribando los escasos muebles con estrépito, tratando de formar un parapeto con ellos.

Disparó la rubia contra uno de ellos mientras que el otro lograba hacer blanco en la luz eléctrica cuya perilla estalló, dejando la pieza a oscuras.

Sabía Ginny que había herido a otro de sus oponentes; pero quedaba ileso el tercero mientras que ella había perdido la ventaja adquirida.

El hombre que había hecho saltar la perilla de la luz disparó contra Ginny.

Ella, intuyendo el ataque, se había arrojado al suelo y el proyectil fue a chocar contra una de las paredes.

Se cruzaron varios disparos más, moviéndose Ginny a cada disparo, haciendo lo propio su enemigo.

La rubia llegó así hasta la puerta a cuya entrada, en uno de los lados, buscó refugio.

Se había producido todo con vertiginosa rapidez sin dar ocasión a Mitchel a intervenir debido al apagón.

La rubia se sintió derrotada, experimentando una angustiosa sensación, aunque no llegó a perder su afán de triunfar.

Recibió ella la impresión de que alguien respiraba cerca, muy cerca, temió verse atacada por la espalda y sintió el latir de sus sienes batidas por las venas.

Se disponía a girar para actuar contra el nuevo enemigo cuando le llegó en un susurro la voz conocida ya del joven Mitchel:

—¡No se mueva! Y no les pierda la cara... ¿Cuántos son?

—Tres. Dos están heridos...

—¿Más gente por ahí dentro?

—Lo ignoro. Supongo que sí —respondió ella en un susurro, tranquilizándose al saber que no estaba sola.

—Quédese quieta ahí. Ahora me toca a mí...

—Tenga cuidado. Queda uno ileso. Y tal vez los otros dos estén en condiciones de hacerle frente.

Mitchel rebasó el cuadrángulo de la puerta y se dejó caer pegándose materialmente al suelo.

Se produjo un disparo y la bala silbó ligeramente por encima de él.

Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, comenzaban a percibir los difuminados contornos de algunas cosas.

Disparó rápido Mitchel, guiándose del fogonazo.

Y le respondió el sordo gruñido de uno de los «gangsters» al ser alcanzado.

Siguieron varios disparos que terminaron con un gemido al ser alcanzado otro de los hombres.

Mitchel, al quedar todo en el más absoluto silencio, se arriesgó a sacar su linterna de pilas, la cual encendió bien protegido por una mesa que había sido derribada.

Y se encontró con la sorpresa de que no había a la vista más que dos cuerpos tendidos. El tercero había desaparecido, a pesar de que la pequeña pieza no ofrecía puerta ni ventana alguna, aparte de la que Ginny y él habían mantenido dominada.

Experimentó Mitchel una desagradable sensación y abandonando las precauciones mantenidas hasta entonces, se dirigió al lugar en donde había quedado la rubia.

—¡Ginny! Temo que nos han burlado...

—¿Qué sucede?

—Hay dos hombres ahí. Heridos o muertos, no lo sé aún. Ninguna puerta ni ventana. Y el tercero ha desaparecido.

—Seguro que es Steve el que ha huido; pero ¿por dónde?

—Alguna trampa en el suelo. Aguarde aquí un momento, pero sin descuidarse. Voy por ese fulano...

No tardó en regresar Mitchel con el hombre que había quedado amordazado.

Y fueron necesarios algunos golpes para que el hombre hablase, descubriendo una trampa que se abría en el suelo.

Lo abrió Mitchel, llegando a él una vaharada de humedad cálida, molesta.

Y descubrió una escalera de madera que conducía a un sótano húmedo.

—Aguárdame aquí —pidió a la rubia.

Comenzó a descender lentamente en medio de un silencio que

resultaba impresionante.

El lugar hacia el cual descendía estaba totalmente a oscuras aunque se notaba enseguida que no hacía mucho tiempo había habido allí gente.

A espaldas de Mitchel, imperceptiblemente, se movió alguien.

El individuo empuñaba una pistola con la cual encañonó al exagente del F.B.I.

Robert, como si hubiese intuido su presencia, se dejó caer de improviso, dando una voltereta al entrar en contacto con el suelo.

Silbaron dos las que se estrellaron en la escalera. El fulano usaba pistola con silenciador.

No en vano Mitchel había sido el número uno de su promoción en tiro contra blanco movable.

Tras sus dos disparos el fulano saltó, esquivando los dos primeros balazos de Bob.

Pero no logró esquivar el tercero, que le alcanzó a la altura del corazón, fulminándolo muerto.

Siguió un lapso de silencio.

Mitchel, que se había tumbado, se incorporó lentamente, sin atreverse a emplear la linterna.

Presintió algo y volvió a dejarse caer.

Oyó zumbir por encima de él un cuchillo, que fue a clavarse en el maderamen de una estantería.

Y tiró inmediatamente en respuesta, al ver que un cuerpo se movía casi imperceptiblemente.

Se oyó un gemido al cual siguió la caída bastante aparatosa de un mueble y el rodar por el suelo de unos objetos.

—¿Qué sucede ahí? —preguntó Ginny, desde arriba.

—Por lo menos tenía por aquí un par de gruesas ratas —respondió Robert.

Escrutó frente a sí, tratando de descubrir a alguien más.

Algo llegó hasta él. Era un bote metálico. Recibió la impresión de que se trataba de tinta de imprimir.

Ginny encendió su linterna de pilas y con el rayo de luz de la misma fue recorriendo el lugar en donde se hallaba Robert.

Descubrieron, aparte los dos hombres caídos por los disparos de Robert, elementos necesarios para imprimir, como prensas, tintas, papel, máquina de pruebas...

Estaba todo en plan de montaje, dando la impresión de que había sido llevado allí rápidamente desde otro sitio.

Ginny cerró arriba para que no les pudiesen sorprender y bajó a reunirse con Robert.

Lo primero fue echar un vistazo a los dos hombres que habían caído.

—Están muertos. Y ninguno de ellos es Steve.

—Parece que estaban trabajando en el montaje de las prensas —señaló Robert.

—Sí; anoche tuvieron que abandonar el lugar en donde estaban. Y hoy han volado también al verse descubiertos.

Señaló Robert para los dos individuos que habían caído en la lucha y dijo:

—Parece que eran éstos los encargados de realizar el traslado.

—Sí; pero lo más importante se lo habrá llevado Steve...

—¿Se refiere a las planchas? —preguntó Bob.

—Sí, las planchas... Aquí no tenemos nada que hacer ya. Al menos, yo. He fracasado.

—¿Tanto le interesan esas planchas? —preguntó Mitchel.

—Si no me interesaran no estaría arriesgando mi piel por lograrlas —respondió la rubia.

—Está claro. Perdona mi estupidez...

—Todos hacemos en alguna ocasión alguna pregunta innecesaria —respondió Ginny, que no estaba de su mejor talante.

Tendió su mano derecha a Robert.

—Gracias por su ayuda, aunque yo sola también hubiese resuelto la cuestión. Y espero que no vuelva a seguirme.

—Está bien, rubia, no la seguiré. Mis saludos a «Kid Relámpago» cuando lo vuelva a ver.

Un leve parpadeo fue el único signo externo que del asombro de, rubia captó Mitchel.

Ella respiró hondo a continuación y dijo a su vez:

—Se los daré. Y usted los da de mi parte a Ruth Gilbert. Y puede decirle que esas planchas no serán nunca suyas.

—De acuerdo. Si usted no consigue evitarlo, lo evitaré yo... ¿Volvemos atrás?

—Yo, sí. La salida será más cómoda. Ellos no habrán tenido tiempo de reaccionar. Ni creo que a Morgan le quede demasiada

gente disponible después de este nuevo desastre... Suba.

—Las señoritas delante —indicó Mitchel.

—Está bien. Puede mirar si quiere...

Subió la rubia con una mezcla de recato y despreocupación que le daba extraordinaria personalidad.

Silbó Robert admirado y dijo:

—Son las más maravillosas piernas que he visto en mi vida.

—Por ahí dicen que no están mal. A mí no me preocupa gran cosa...

—Si las tuviese feas opinaría de manera diferente.

—Una mujer es algo más que unas piernas bonitas —respondió ella.

Habían llegado arriba y salieron juntos.

Ella hizo ademán para que no la siguiera.

Y Mitchel buscó un teléfono para comunicar con Rory.

CAPÍTULO XI

Mitchel, tal como suponía, encontró a Rory en el apartamento cuando lo llamó por teléfono.

—Termino de llegar e iba a acostarme.

—Pues hay trabajo, pero has de darte mucha prisa...

Relató de forma rápida lo sucedido y dijo luego:

—Vuelvo atrás para cerrar y vigilar, dispuesto a evitar que se puedan llevar nada...

—«Okey»...

—Pero si llegas antes de que tenga que volver a intervenir, será mejor.

—No es necesaria una palabra más. Ahora mismo me pondré en contacto con el intendente Murphy para que disponga la gente necesaria. Y yo mismo acudiré rápidamente. También prefiero por mi parte que no tengas que intervenir nuevamente.

—Date prisa, por favor. Tengo trabajo en otro sitio... —pidió Mitchel.

—Corta la comunicación, que voy enseguida —respondió Rory.

Mitchel volvió atrás para entrar nuevamente en la prendería. Descendió al sótano, cerró por dentro, aseguró al hombre que habían atrapado con vida y volvió a salir, coincidiendo en la calle con Rory, el cual se hizo cargo de la situación.

—¿A dónde vas ahora? —preguntó Rory.

—No lo sé aún.

—Tenías prisa...

—Sí, pero he de pensar. En realidad no he tenido tiempo...

—Siempre has sido un intuitivo, «Optimista».

Sonrió Mitchel al recordar el apodo que le habían puesto sus compañeros de promoción y dijo:

—Pues me dejaré llevar de mi intuición y de mi optimismo.

—Estoy seguro de que triunfarás...

Una vez solo, Mitchel fue en busca de un taxi que le permitiese ganar el tiempo que necesariamente había tenido que emplear aguardando a Rory para que no se perdiese el trabajo realizado.

Allí quedaban cosas de interés, particularmente, el papel especial para la estampación de billetes.

Mitchel, una vez logró encontrar un taxi, le dio una dirección próxima al edificio en que Ruth tenía su apartamento.

Lo despidió allí y siguió el camino a pie.

Antes de llegar se detuvo a vigilar los alrededores. Hubiera podido asegurar que no era la única persona que vigilaba, aunque no veía a nadie.

Aprovechó una zona carente de luz para esconderse en el hueco profundo que le ofrecía un portal que se hallaba cerrado, aunque supo fingir que había abierto y entrado en el edificio.

No llevaba aguardando ni veinte minutos cuando vio que se detenía a la puerta del edificio en que residía Ruth uno de los automóviles de Morgan.

Descendió la sugestiva morena, la cual se despidió de alguien que la había acompañado y que siguió luego en el automóvil cuando ella hubo entrado en el edificio.

—Debe ser Morgan. No comprendo cómo Ruth ha podido caer tan bajo —murmuró el joven—. La sucia ambición...

Mitchel permaneció en su puesto de observación aguardando a que la gente se moviese.

Vio que un hombre salía de un lugar semejante al que ocupaba él y se deslizaba hasta llegar al portal por dónde Ruth había desaparecido. El hombre no vaciló un momento y siguió a Ruth.

Mitchel recibió la impresión de que conocía al individuo.

—Tal vez sea Steve y lleve las planchas... Si es así, ¿por qué no se ha reunido con Morgan?

Movió la cabeza en sentido negativo y dijo seguidamente:

—Los encantos que Ruth sabe prodigar cuando lo considera oportuno tienen algo que ver en esta cuestión. Si ella me traicionó a mí, ¿por qué no ha de traicionar a Morgan?

Interrumpió su susurrado monólogo para seguir el desplazamiento de otra figura.

En aquella ocasión era una mujer. Sus movimientos, su traje oscuro, eran inconfundibles para Bob, que no hacía aún mucho

tiempo había luchado a su lado.

—Ginny... ¿Por qué al despedírseme citó el nombre de Ruth? ¿Cómo simple respuesta porque yo le había hablado de «Kid Relámpago»? ¿O señalándome un camino para que acudiese, sin que yo pueda decir luego que fue ella quien me dio la cita?

La rubia actuó de la forma más natural, dando la impresión de que no le preocupaba gran cosa que la vieses.

No entró en la misma finca en que había entrado Steve, sino en la vecina, gemela de aquélla.

Mitchel se sintió perplejo. Pero su indecisión duró poco y eligió el edificio en donde tenía Ruth su apartamento.

Cuando llegó el joven a la cabina del ascensor, éste había iniciado su subida.

Podía pararlo, pero posiblemente Steve no iría solo, sino acompañado del ascensorista o el conserje.

Y se lanzó escaleras arriba, subiendo de dos en dos los escalones, sin llegar jamás a alcanzar el ascensor.

Cuando el ascensor se detuvo en el piso de Ruth, Mitchel lo hizo en el anterior, al cual llegaba en aquel momento.

Oyó el ruido producido por el abrir y cerrar de las puertas del ascensor.

Y Mitchel recibió inmediatamente la sensación de que Steve no había tenido necesidad de llamar, ya que a su saludo correspondió el de Ruth, mientras el ascensor iniciaba el descenso.

Subió Robert sin prisas, teniendo en cuenta cuál podía ser la forma en que debería actuar la rubia Ginny.

Robert, tras detenerse unos instantes, preparó su pistola y llamó a continuación.

Llamó con energía, para sobresaltar a los de dentro y hacerles comprender que estaba dispuesto a armar ruido.

A la llamada siguió un intervalo de silencio.

Y hubo de insistir.

No tardó en oír el taconeo de Ruth que se acercaba a la puerta, dando la impresión de que llegaba furiosa.

La sugestiva morena entreabrió la puerta y preguntó irritada:

—¿Quién es?

—Hola, morucha. Se trata de un viejo amigo resucitado.

—¡Vete al diablo con tus tonterías!

Brilló iracunda la mirada de la morena, que cerró de golpe.

Llamó Mitchel con renovada energía. Cuando cesó el ruido dijo con voz tajante, seguro de que ella no se había movido:

—Si no me abres enseguida, antes de dos minutos estará el edificio cercado de policía. Y vendrán a registrar el apartamento con una orden del fiscal del distrito.

Ruth, tras entreabrir la puerta de nuevo, dijo en tono insultante:

—¡Polizonte!

—Abre...

—Llama a toda la policía que quieras.

—De acuerdo. Está preparada ya. Y después de haberse apoderado del papel, las prensas, así como de las tintas, resultará mal negocio para ti que encuentren las planchas aquí.

—No las tengo.

—Puede que no las tengas tú; pero las tiene Steve, que se me escurrió de entre las manos y acaba de entrar...

Tras un lapso de silencio preguntó Ruth con señalada ironía:

—¿Es que pretendes hacer tú el negocio?

—¿Y por qué no he de entrar en él? He perdido mucho tiempo y necesito recobrarlo.

—Pues llama a otra puerta. Steve no ha entrado aquí...

—Estás tratando de ganar tiempo. Y será peor para ti, debes creermelo. Te dije que no me conocías bien y te lo voy a demostrar rápidamente.

Quiso dar la impresión de que se iba.

Y oyó que la puerta se abría rápidamente asomando por ella Ruth, que dijo:

—Aguarda...

Él no se había vuelto y vio el arma que ella empuñaba.

Y golpeó rápidamente en el antebrazo de la sugestiva mujer, desarmándola.

Mitchel demostró su extraordinaria agilidad recogiendo la pistola en el aire. Y con la misma arma, como si jugase con ella, encañonó a la morena.

—Supongo que no estará cargada.

—Está bien, pasa. Y apunta hacia otro sitio. Está cargada y te habría matado a gusto.

—Lo suponía, pero quería que me lo dijese. Nos gusta oír esas

expresiones cariñosas de boca de la mujer que nos ama...

Entró ella y le siguió Mitchel, más pendiente de Steve que podía surgir, que de la propia Ruth.

—No temas. Estamos solos tú y yo. Steve se ha esfumado —dijo en tonillo burlón—. Le hemos dado el tiempo necesario. Y ya no hay planchas ni prueba alguna contra mí.

—Si no te molesta me cercioraré de ello.

—Por mí...

Ella señaló un encogimiento de hombros, queriendo mostrar su indiferencia.

En el mismo momento se oyó un gemido y el ruido de un cuerpo que caía, arrastrando con él algunas cosas.

La expresión burlona se borró del rostro de Ruth, siendo sustituida por un gesto de alarma.

Y fue Robert quien sonrió burlonamente intuyendo que había acertado y que la mano de la rubia era la que había provocado el desastre para Ruth y Steve.

Corrió la sugestiva morena y le siguió Bob, sin abandonar la pistola.

Al rebasar una puerta correspondiente a la alcoba descubrieron cerca de una ventana, abierta, el cuerpo de un hombre, tendido de bruces en el suelo, inmóvil.

—¿Steve? —preguntó burlón Robert.

Se encrespó Ruth, que intentó arrebatarle la pistola. Y al fracasar le dirigió un zarpazo que Mitchel esquivó a duras penas.

La respuesta no tardó en llegar en forma de violento bofetón que alcanzó de lleno a la sugestiva morena, arrojándola al suelo al tropezar con el cuerpo de Steve.

Bob asomó a la ventana. Fue una visión de segundos, pero aún llegó a tiempo de ver a Ginny que desaparecía por otra ventana del edificio contiguo, a la cual había llegado por medio de las escaleras para casos de incendio.

Había visto bastante y se dispuso a marchar.

Ruth, aunque trabajosamente, sintiéndose aturdida aún, logró sentarse y miró con odio a Robert.

—Te conviene tomar un calmante nervioso, moracha. Aunque el que yo te he aplicado no va mal.

Ella, maquinalmente, le tendió la mano para que la ayudara a

levantarse.

—Lo de Steve no es nada de particular. Parece que ya vuelve en sí. Con un analgésico se le pasará...

—Lárgate cuanto antes.

—No necesitas echarme. Era yo el que necesitaba ganar tiempo después de asustar a Steve para que intentase largarse... Buenas noches.

CAPÍTULO XII

Una vez en la calle, Mitchel volvió a experimentar un sentimiento de perplejidad, de duda.

Había ayudado a Ginny dejándose arrastrar de sus impulsos, de su intuición. Pero ¿había acertado?

Echó a andar. La distancia a recorrer era demasiado larga para hacerla a pie. Debía buscar un autobús o un taxi, mejor lo último.

Estaba seguro de que Ginny estaría ya camino de la guarida de «Kid Relámpago» para llevarle las disputadas planchas.

—¿Y el papel? No se interesó por él. Tal vez deseen exclusivamente las planchas para negociar con ellas, y que se encargue quien sea de la falsificación.

Reflexionó entonces qué era lo que podía deducir de lo que había oído a Ginny y a «Kid» cuando habían aludido a la cuestión, en la conversación que les había sorprendido.

Encontró el ansiado taxi, que le dejó a la entrada del China Town.

Y se encaminó a pie en dirección a la guarida del «gángster».

Cerca de ella ya pensó que debía entrar por dónde lo había efectuado la vez anterior. Así podría sorprenderles.

—Y le daré las gracias a la rubia. A fin de cuentas, si yo la he ayudado, ella habrá trabajado para mí... Imaginó la sorpresa, tanto de ella como del rival de Morgan, cuando se presentase ante ellos exigiendo las planchas.

Se disponía a trepar.

De improviso no supo cómo ni por dónde, pero surgió alguien a sus espaldas y sintió que le apoyaban un objeto duro a la altura de los riñones.

En aquella ocasión, ocupado en sus pensamientos respecto a la rubia y el «gángster», le había fallado el instinto.

Alguien le amenazó:

—No se mueva, Robert Mitchel. Siempre no puede salir uno ganando.

Era una voz impersonal, carente de humanidad de inflexiones, la que le hablaba.

Se detuvo Bob y el desconocido aumentó la presión ejercida con el arma.

—Continúe hacia adelante, como si tal cosa. A la guarida de «Kid».

—¿No has ordenado que no me moviese? —preguntó con humor, tratando de desconcertar a su enemigo.

No quería pensar en que la rubia habría caído en la misma trampa que le acababa de atrapar a él.

—¡Sabe muy bien lo que quiero decirle! Y debería darse cuenta de que no es un momento como para hacer chistes. Adelante.

—¿Trabajas para «Kid» o para Morgan? —preguntó Bob sin inmutarse.

—Es usted más preguntón de lo conveniente. Adelante o no tendré más remedio que hacerle un par de ojales por dónde menos los necesita.

Volvió a caminar Robert sin dejar de sentir la molesta presión de la pistola.

No pensó en que su vida peligraba, sino en las planchas que había logrado Ginny tras tantos esfuerzos y de las que se habrían apoderado junto con ella.

Contrariamente a sus planes, Mitchel penetró en aquella ocasión en la guarida de «Kid» por la puerta y custodiado. No podía pensar que la rubia le hubiese tendido una trampa y que aquello fuese cosa de «Kid». Éste había quedado sin gente, según había confesado.

Lo llevaron hasta la pieza en que la rubia y el «gángster» habían hablado anteriormente.

—Aquí está, Jack —presentó el hombre que le había atrapado, dirigiéndose a Morgan, que le contempló entre burlón y curioso.

—¡Hola, Bob Mitchel! Parece que nos vamos reuniendo —saludó el «gángster» en tono hiriente.

—Una reunión honorable a lo que veo —respondió Bob, sintiéndose aliviado al no ver a Ginny en el lugar.

«Kid Relámpago» se hallaba sentado en una silla, amarrado a ella. Su rostro ofrecía señales de violencia, entre ellas, un golpe que

le había cerrado un ojo, dando a su cara un aspecto más siniestro del corriente en él.

—¿No conocías al gran «Kid Relámpago»? —preguntó Morgan.

—A él, a ti y a otros. He visto vuestras fichas en alguna ocasión —mintió Mitchel.

—Pues ya no las verás más —respondió Morgan fríamente.

—¡Qué miedo! —exclamó burlón el apresado.

—No estoy en plan de broma, Bob Mitchel —advirtió el «gángster».

—Ni yo tampoco, aunque tus truculencias me divierten bastante —respondió Mitchel audazmente—. ¿Crees que es la primera vez que escucho amenazas de esa clase?

—Está claro que no. Pero es que hasta ahora no habías chocado conmigo.

—El choque no ha terminado aún, Morgan.

—Está en mi mano terminarlo rápidamente. Y lo voy a hacer.

—Te desafío a que lo termines...

—¿Me desafías...?

—Sí...

—Eres muy valiente.

—Conozco a la gente. Tú no liquidas a quien puedes necesitar. Y a mí me necesitas aún.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Necesitas las planchas y de esas dispongo yo. Y lo mismo sucede con el papel... Lo demás tiene menos importancia.

—Sé que está en manos de la policía...

—Mal informado, Morgan. Tienes más de un traidor en tus filas.

Morgan, enfurecido, presintiendo que el joven tenía razón, apenas le dejó terminar, descargando contra él, a velocidad escalofriante, una serie de bofetadas aplicadas con la mano diestra en movimiento de vaivén, empleando la palma y el dorso.

Osciló la cabeza de Mitchel, el cual sintió que la presión del arma del fulano que le había apresado, se acentuaba.

Realizando un esfuerzo, el joven se mantuvo sereno, entre burlón y desdeñoso, diciendo cuando el «gángster» hubo terminado:

—Procedimientos de «gángster», procedimientos de cobarde.

El individuo que había apresado a Mitchel, preguntó

dirigiéndose a Morgan:

—¿Tiro ya?

—Déjalo aún. Hemos de divertirnos con ese perro.

Si tienes ganas de tirar puedes entretenerte con «Kid Relámpago», ese traidorzuelo cobarde.

Se notaba movimiento en el interior de la casucha. Y no tardaron en penetrar en la sala Caleb Higgins y Lloyd Dickinson de la agencia de detectives privados dirigida por Rex Foster.

Bob silbó admirado y exclamó:

—¡Vaya! Parece que te decidiste a quitarte la careta. Has hecho bien, Lloyd, porque iba a quitártela yo...

—Has llegado un poco tarde. Y lo peor para ti será que no podrás contar lo que has visto.

Higgins se dirigió a su jefe, al cual entregó las fichas que «Kid» había mostrado a Ginny.

—Ahí está eso. De las planchas, ni rastro.

Morgan examinó las fichas rápidamente. Las devolvió colérico y se dirigió luego contra «Kid», al cual descargó un violento puñetazo en una oreja.

Gruñó el agredido al recibir el golpe y salió disparado con la silla, chocando violentamente contra una de las paredes para caer luego de forma aparatosa.

Rieron los «gangsters» que se hallaban presentes.

—No es cosa de risa, muchachos. Levantad a ese traidorzuelo. Esas fichas corresponden a muchos de nosotros y están destinadas a la policía para el caso de que le sucediese un «accidente» —informó Morgan.

Uno de los «gangsters» levantó a «Kid» con la silla; pero apenas lo hubo levantado le descargó un puñetazo a la altura del hígado.

Morgan ordenó:

—Quemad esas fichas inmediatamente.

Mientras se realizaba el trabajo en silencio, se oyó ruido de pasos en el exterior.

Robert se estremeció al escucharlos, pues entre las pisadas reposadas, propias de hombre, escuchó el vivo taconear de una mujer.

Pensó inmediatamente en Ginny y no se equivocó. La rubia, pálido el semblante, pero erguida, apareció en la puerta de la sala

conducida por dos hombres.

—Aquí está esta linda pájara, jefe —anunció uno de ellos.

Morgan dirigió una mirada crítica a la rubia.

—Al final has caído, traidora. Una pena que una chica tan guapa tenga que ser barrida como uno cualquiera de estos cerdos.

Al pronunciar tales palabras aludió con el ademán a «Kid» y a Mitchel.

Ginny se encogió de hombros desdeñosamente y dijo:

—No pienses que irás muy lejos, Jack Morgan. Tu final está muy próximo ya.

Morgan alargó la diestra.

—Vamos, rubia. Trae aquí esas planchas. Luego sentiré matarte, de verdad. Pero puedes morir tranquila porque todos los años, por esta fecha, tendrás flores frescas sobre tu tumba.

—No serás tú quien me las lleve, sapo inmundo —escupió la rubia.

Los que se hallaban presentes, conocedores de las cóleras de Morgan, se estremecieron.

Sin embargo, Morgan se limitó a tragar saliva y a mirar fijamente a la valerosa chica.

Uno de los que la habían apresado alargó a Morgan una pistola, y dijo:

—Ahí tiene la herramienta que traía ella. Ésta no anda con juguetes tontos como otras.

Morgan tomó la pistola. Y ordenó:

—Volved afuera. Podemos tener más visitas y hay que estar preparados para recibirlas dignamente.

Salieron los dos «gangsters» mientras Dickinson se encargaba de la vigilancia directa de la rubia.

Ella sacó de un bolso un paquete que abultaba y pesaba, aunque no con exceso.

—Ahí lo tienes.

—Buena chica. Así te ahorras violencias innecesarias. Después de esto voy a sentir de verdad tener que matarte.

—No lo sentirás en absoluto. En el fondo me has odiado desde que me conoces, porque no has logrado dominarme ni has conseguido nada de mí.

Hablaba tranquila, despectiva, burlona casi.

Morgan tragó saliva. Y sin dejar de mirarla, descansando el paquete en un pequeño mueble, lo deslió. Sacó unas planchas, las examinó y dejó escapar a continuación un gruñido de ira, revolviéndose a continuación contra la rubia, dispuesto a golpearla.

Comprendió Mitchel que intervino rápidamente.

—Cuidado, Morgan. Ella ha sido tan engañada como tú mismo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes tú?

—Que las planchas han sido cambiadas antes de que la rubia se apoderase del paquete.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se las quitó a la persona que se había apoderado de ellas dándole el cambiao a Steve... Sí, a tu «leal» Steve.

—¡Estás mintiendo! —exclamó irritado.

—Interroga a Ruth y sabrás que no miento.

—Steve no me engaña, no se atrevería.

—Ella es capaz de marear a un pobre diablo como Steve y a quien no sea Steve. Yo sé bastante de eso.

—¿Qué has hecho de las planchas? —preguntó Morgan—. Me está cansando el juego.

—Un juego en el que te creías el más fuerte y te está tocando hacer el papel de tonto de circo, bailando al son que queremos los demás —respondió Mitchel.

Las despectivas palabras de Mitchel hicieron saltar a Morgan, quien amagó un golpe de derecha al rostro del exagente del F.B.I. Pero fue la izquierda la que golpeó con terrible precisión a la altura del hígado.

Se llevó Mitchel ambas manos a la parte dolorida y se dobló hacia adelante.

Morgan le golpeó entonces de derecha en seco golpe a la barbilla.

—¡Arriba esa cabeza, valiente!

Lo dijo en tono burlón, hiriente.

El golpe obligó a Bob a levantar la cabeza, yéndose de espaldas.

La acción de Morgan pilló desprevenido al pistolero que encañonaba a Mitchel, y la cabeza de éste fue a chocar rudamente en la boca del hombre que se hallaba a sus espaldas.

Robert, a pesar de los dos duros golpes recibidos no había perdido el control de sus ideas y vio llegado su momento.

Intentó Morgan colocar un nuevo golpe; pero Bob se dejó caer de espaldas, fallando el jefe de los «gangsters», que se fue de bruces sobre él.

Antes de que pudiese reponerse, el exagente apresó a su enemigo, privándole de movimiento y sirviéndose de él como escudo.

Fue el propio Morgan quien gritó sin necesidad de que Mitchel lo pidiese:

—¡No disparéis! ¡Lo necesito vivo!

Un movimiento de Mitchel permitió al «gángster» llegar a su pistola, la cual sacó. Quiso golpear con ella a Bob; pero éste le asestó un rodillazo, parando luego el golpe con facilidad para desarmar después al dolorido «gángster».

La acción se producía con vertiginosa rapidez, desbordando a los otros fulanos, cohibidos por el peligro que corría su jefe si actuaban, y por la audacia de Mitchel.

Morgan salió violentamente proyectado en dirección a dónde se hallaban Ginny y Dickinson, custodiándola.

Revueltos con Morgan cayeron Dickinson y la rubia, mientras que Caleb Higgins hizo fuego contra Mitchel, sin respetar la orden que Morgan había dado instantes antes.

Bob no se había estado quieto y apenas hubo lanzado a Morgan atacó al «gángster» que le había apresado, quien apenas si había tenido tiempo de rehacerse del cabezazo recibido.

Cazado con una presa de tijera de piernas, el «gángster» inició su caída.

Se produjo tal acción en el momento en que disparaba Higgins y el plomo destinado a Mitchel lo recibió el «gángster», quien se estremeció visiblemente a los impactos, cayendo fulminado sobre Bob.

Disparó Mitchel a su vez al quedar descubierto y Caleb Higgins se desplomó, alcanzado entre ceja y ceja por un proyectil.

Morgan reaccionó rápidamente después de su caída y trató de alcanzar la pistola de Higgins. Evitó que lo consiguiera un disparo de Mitchel, que le hirió en un brazo.

Quedaba Bob a merced de Dickinson; y hubo de saltar ágilmente, cambiando de lugar mientras el granuja se parapetaba detrás de Ginny, empleándola como escudo.

Apenas en situación de disparo, disparó Mitchel contra Dickinson.

Resultaba un tiro difícil para no tocar a la joven; pero lo consiguió, alcanzando al granuja en un hombro.

La mala posición de pies y la contundencia del disparo que le alcanzó de lleno, hizo girar a Dickinson, quien quedó separado de Ginny, bajo la amenaza de la pistola que empuñaba el exagente del F.B.I.

Quedaba Morgan también bajo la amenaza de la pistola y antes de escuchar conminación alguna se apresuró a levantar ambos brazos, con las manos abiertas, mirando las palmas al vencedor.

—¡Me entrego! ¡No tires!

—No te preocupes, cobarde. Ya sé que me necesitas vivo — ironizó Mitchel.

Quedaba la gente de fuera; pero las pistolas empleadas llevaban ajustado silenciador y la esperanza de Bob era que no hubiesen oído los disparos en el exterior.

Calculó el joven sus posibilidades y se dirigió a Ginny, pidiéndole:

—Desate a «Kid Relámpago», por favor.

El aludido, que no había sido alcanzado por algún proyectil por verdadero milagro, experimentó no poca sorpresa ante la orden de Bob, orden que Ginny se apresuró a cumplir sin hacer comentario alguno.

CAPÍTULO XIII

Mitchel, sin perder de vista a sus dos prisioneros, se situó en la puerta en plan de vigilar por si llegaba alguien.

Cuando «Kid Relámpago» estuvo desatado, se dirigió Bob a él.

—Espero que no tendré que arrepentirme de haber hecho que te desaten.

—No te arrepentirás, muchacho. Después de lo sucedido, no tengo más afán que patearle las tripas al bicho ese...

Señaló para Morgan, cuya expresión se había ensombrecido al ver libre a su enemigo.

—Ata a Dickinson, «Kid» —ordenó el joven.

—Eso está hecho enseguida...

Morgan rió burlonamente y dijo:

—No podías caer más bajo, «Kid». Servir de criado a un «poli»...

La respuesta fue fulminante en forma de zurdazo, que el «gángster», antiguo boxeador, hizo llegar con precisión al rostro de Morgan, que cayó arrodillado.

—Aprende a callar, basura —dijo «Kid».

El antiguo boxeador ató concienzudamente a Dickinson, sin admitir las protestas de éste, al cual amenazó:

—Ya estás cerrando el pico, o te rompo un hueso, abogadocho. Uno no ha tenido principios y ha caído; pero un hombre de carrera... Tu padre tiró el dinero que empleó contigo.

Morgan dijo con expresión suplicante:

—Creo que podemos llegar a un acuerdo, Mitchel. Te digo a ti lo mismo, rubia. Ahí hay dinero para todos. Os aseguro medio millón de dólares a cada uno. Lo mismo que a «Kid». Eso y olvidar todo lo sucedido.

«Kid», que terminaba de atar a Dickinson, sonrió con expresión despectiva. El gesto de Mitchel permaneció inalterable mientras Ginny daba la impresión de que trataba de bucear en las verdaderas

intenciones del «gángster».

Consideró éste un principio nada despreciable la actitud de la rubia y dijo, dirigiéndose a ella:

—Soy gente, rubia, tú lo sabes. A mi lado llegarás a donde quieras. Aparte el medio millón de dólares entrarías en Broadway por la puerta grande, llegarías a Hollywood.

El gesto de Ginny se endureció al responder:

—No te canses. De tus manos no quiero ni la vida. Me llamo Ginny M. Peters. Soy hermana de Dean M. Peters, el hombre que tú hiciste asesinar o asesinaste para que no pudiese aportar las pruebas que absolvían a Bob Mitchel y os condenaban a ti y a Ruth Gilbert. No había habido negligencia ni inmoralidad por parte de Mitchel; mi hermano me lo dijo.

El joven Mitchel se sintió interesado. Y de no haber estado pendiente de la atractiva rubia habría visto que «Kid Relámpago» palidecía tanto como el propio Morgan.

Éste logró reaccionar y señaló a «Kid» con ademán acusador:

—¡Fue él quien lo mató! ¡Tu amigo «Kid»!

«Kid», hábilmente, se iba deslizando hasta donde había una pistola. Pero la pistola de Mitchel se movió en dirección a él.

—Quieto, «Kid» —ordenó Mitchel—. Sitúate junto a Morgan. Así me será más cómodo dominaros a los dos.

—¿Esas tenemos, «Kid»? —preguntó Ginny—. Pensé que dentro de ser un «gángster» eras diferente a esa bestia maldita. Pero eres lo mismo que él.

Morgan exclamó, pensando que él iba a salir mejor librado:

—¡Es un cerdo traidor! ¿No has visto lo que ha hecho conmigo después que lo recogí de la calle, lo hice hombre y lo estuve alimentando? Porque era un desecho de *ring* y estaba arruinado.

«Kid» dio la impresión de que iba a matar a Morgan sin importarle lo que pudiese suceder luego.

Y gritó a su vez:

—¡Es cierto! ¡Fui yo quien lo mató! Pero fue él quien me ordenó que lo matase. Me hizo creer que tu hermano pertenecía a la banda y que nos había traicionado...

Ginny, enfurecida, se dirigió a Morgan:

—¿Mi hermano de la banda, granuja? ¿Mi hermano un sucio hampón?

Alargó la diestra con las uñas engarfiadas, con las cuales le trazó unos profundos arañazos que hicieron aullar de dolor a Morgan, quien se dejó caer, gritando:

—¡Me ha dejado ciego...! ¡Me ha...!

Había quedado cerca de «Kid», el cual, furioso, le asestó un puntapié en un costado, haciéndolo saltar.

—¡Quietos los dos! —ordenó Mitchel.

Morgan se puso en pie lentamente y al dejar su rostro al descubierto se pudo apreciar el daño que le había hecho el arañazo, que partía de cerca del ojo para llegar a la comisura de la boca.

«Kid» dijo a media voz, señalando a Dickinson:

—Él me acompañó cuando fui a matar a Peters.

La rubia, de haber estado Dickinson desatado, le habría hecho conocer lo que podían hacer sus uñas.

Pero se contuvo, limitándose a escupirle en el rostro.

El joven dijo, dirigiéndose a la rubia:

—Ahí tiene su pistola. Le cedo a esos dos granujas para que haga de ellos lo que quiera... Dickinson es cosa mía. Él no actuó directamente contra su hermano, fue de simple guardaespaldas de «Kid». ¿Es eso, «Kid»?

—Sí, es eso... No tenía «clase» para más.

Mitchel dijo aún:

—Le cedo a esos dos a cambio de las planchas. Porque Ruth no tuvo tiempo de darles el cambiazo. Ha sido usted quien lo dio y por eso ha llegado aquí después que yo.

Los dos «gangsters» cambiaron entre sí miradas de asombro.

La rubia dijo con acento desabrido:

—Es usted un chico muy listo...

—Hice bastante el tonto hace poco más de un año, cuando me dejé enredar por Ruth. Y ya está bien de tontería. Me voy haciendo mayorcita.

Morgan, que se había hecho cargo de la jugada, comenzó a reír de pronto de manera estrepitosa y exclamó luego, cuando la risa le dejó hablar:

—¡Cómo has picado en el anzuelo, «Kid»! ¡Estúpido! La rubia fue la que te separó de mí, ahora lo comprendo. Te convirtió en un traidor, para enfrentarnos, para que nos destrozásemos entre nosotros. ¿A qué aguardas, di?

Intentaba provocar la reacción del antiguo boxeador, hacia el cual se volvió la pistola que empuñaba Mitchel.

Pero «Kid» mantuvo relativamente tranquilo al responder:

—¡No graznes de esa manera, sucio cuervo! Ella hizo bien. Yo hubiera hecho lo propio. Yo nada era y poco puedo perder. Pero tú vas a ser aplastado y yo la ayudaré. ¡Sí, que venga a su hermano! No negaré que fui yo quien lo mató...

—¡Sucio traidor! —increpó Morgan.

—Y diré que fuiste tú quien ordenó el asesinato y por qué lo hiciste. Diré todo lo que sé, lo mismo que de Ruth, de Foster y del propio Dickinson...

—¡Así pagas lo que hice contigo!

—¿Qué hiciste conmigo? Yo era un desecho de «ring», no tenía ni para comer... Pero me podía acostar tranquilo porque no había hecho daño a nadie... Pero desde que tú me convertiste en asesino, todo ha sido diferente para mí... Por eso quería hacer yo el negocio de las planchas y largarme lejos, aunque sé que no hubiese podido olvidar...

Sin que Mitchel lo pudiese evitar, el, exboxeador volvió a golpear duramente a Morgan, al cual arrojó al suelo.

Y lo habría pateado a no haberlo empujado la rubia, apartándolo del caído.

—¡Quieto, «Kid»! ¡Quieto...!

—¡Déjame que lo machaque! —pidió el exboxeador.

—Quieto, «Kid», o te vuelvo a hacer amarrar a la silla. Y sería el propio Morgan quien lo hiciese.

Ante la amenaza de Mitchel, «Kid» se inmovilizó mientras Morgan se ponía en pie trabajosamente.

Se atrevió a amenazar:

—Aún no estoy vencido. Queda mucha gente fuera.

—Estás vencido y «vendido» —le respondió Mitchel tranquilamente—. Acuérdate de Ruth. Ella no tuvo ocasión de cambiar las planchas, pero estaba dispuesta a ello. Cuando la dejaste a la puerta de su casa, Steve la estaba esperando ya en la calle con el paquete...

En el exterior se produjo ruido de pisadas.

Siguió un silbido de aviso y el rostro de Morgan se animó mientras que en el de «Kid» apareció un gesto sombrío, hosco.

Conocía bien la señal y fue quien avisó a Ginny y a Mitchel:

—Son ellos, la gente de Morgan... Deben venir bastantes.

—Los recibiremos dignamente —dijo Mitchel.

—No, váyanse. Por ella. Yo sé que tú les harías frente, pero así no debes hacerlo. Ella te necesita...

Rápidamente tomó «Kid» a Ginny y la encaramó en el lugar desde el cual había oído Mitchel la conversación en su primera visita.

—Síguela, muchacho, yo cubriré vuestra retirada...

El exboxeador se sentía un poco héroe.

—Así pagaré la deuda con ella, la pagaré haciendo algo bueno...

Ginny, una vez arriba se mantuvo indecisa. Al fin dijo a Mitchel:

—¡Él tiene razón, Mitchel! ¡Vamos!

—Dickinson me pertenece. No lo suelto...

Ginny se mantenía pistola en mano vigilando a Morgan.

El boxeador cogió a Dickinson, enfardado como estaba, y lo arrojó junto a Ginny, diciendo luego a Mitchel:

—Ya lo tienes. Llévatelo. Él sabe mucho...

Siempre con el apoyo de la pistola que empuñaba Ginny, Mitchel trepó, cortó las ligaduras de los tobillos de Dickinson y se decidió:

—Tienen razón. En marcha, Dickinson, y mucho cuidado con hacer tonterías.

Ginny señaló en dirección a la entrada.

—Parece que tenemos por ahí más gente de la que hubiésemos podido barrer, y no se trata de eso...

Mitchel había empujado a Dickinson delante de él y tomó luego de la mano a Ginny, tirando de ella, que no terminaba de decidirse, sintiendo que «Kid» quedaba solo ante la avalancha que se le iba encima.

Apenas desaparecida la amenaza que significaban las pistolas de Ginny y Mitchel, los dos «gangsters» se lanzaron sobre la pistola que había caído a uno de los muertos y que había quedado medio oculta por un mueble.

«Kid» se había preparado para empuñarla y fue quien llegó a ella primero, tomándola en su diestra.

Morgan se vio perdido. Sabía que «Kid» tiraría contra él antes que nada, y los otros no llegaban aún, recibiendo el «gángster» la

impresión de que peleaban fuera entre ellos.

Cuando «Kid» se hallaba aún agachado, pero empuñando ya la pistola, le atacó, asestándole un duro puntapié en un costado.

Bufó el expugilista, quien rodó ágilmente; pero no soltó la pistola, que era lo que Morgan había pretendido.

Desde el suelo, tan pronto terminó su voltereta, disparó «Kid» contra su antiguo jefe, quién fue alcanzado por un disparo a la altura del estómago.

Siguió tirando «Kid» al ver que el otro se mantenía en pie.

Morgan sufrió varias crispaciones, llevándose ambas manos a la parte herida, resistiéndose a caer.

Barbotó:

—¡Sucio traidor! ¡Chivato! ¡No escaparás!

—¡Pero tú irás por delante...!

Al fin cayó Morgan de rodillas.

Y «Kid» se volvió rápidamente en dirección a la puerta para enfrentarse con Ruth, que llegaba acompañada por varios hombres.

El exboxeador apuntó en dirección a la mujer.

CAPÍTULO XIV

Ruth llegaba dispuesta a hacer frente a lo que fuera y descubrió a «Kid» con tiempo suficiente, adelantándose ella a disparar.

Al propio tiempo ordenó:

—¡Barred a ese perro!

Se estremeció «Kid» a los impactos, a pesar de lo cual tiró dos veces consecutivas, hiriendo ligeramente en una mejilla a Ruth y matando a uno de sus acompañantes.

Ella, pese a la herida, siguió disparando con saña hasta que «Kid», tras haber caído doblado, quedó totalmente inmóvil.

Morgan, medio doblado, de rodillas, miró a la recién llegada con expresión angustiada y pidió:

—¡Un médico! ¡Me muero! Me ha matado él...

Señaló a «Kid», que había expirado ya.

—¡Pues muérete, estúpido! —exclamó la mujer despectivamente.

—¡Perra...!

Descubrió Morgan a Steve, que no se había atrevido a asomar hasta entonces, y lo acusó:

—Sucio traidor. Pero te pesará...

Steve hizo fuego sobre el que había sido su jefe, fulminándolo de dos balazos en la cabeza, y exclamó:

—Repugnante gorila, que todo lo quería para él... Ruth se volvió hacia el «gángster», diciéndole con fría expresión:

—No has debido hacerlo. Tienes que meterte en la cabeza que soy yo quien manda.

—Nos insultó a los dos...

—Pero lo necesitábamos aún... ¿O es que no te has dado cuenta de que los pájaros más importantes han volado?

—Estarán...

Señaló hacia adentro sin demasiada convicción.

—No estarán —cortó Ruth secamente—. Ahí tienes a Hutton y a Higgins. Falta Dickinson... Y faltan la rubia y Bob Mitchel.

—¿Temes que Dickinson haya traicionado...?

—Temo que Mitchel se lo ha llevado. Dijeron que «Kid» estaba amarrado y lo hemos encontrado suelto.

—Es verdad... La rubia habrá vuelto a «Kid» del revés... ¡Esa maldita gata!

Ruth apartó desdeñosamente con un pie el cuerpo de Morgan y adelantó hasta el lugar por dónde habían desaparecido Ginny y Mitchel llevándose a Dickinson con ellos.

—¡Han tenido que escapar por ahí! ¡Registradlo todo! Y rodead rápidamente la manzana, tal vez lleguemos a tiempo de evitar que se nos vayan de entre las manos.

Steve señaló para las planchas falsas que había llevado Ginny, que habían caído tras la mesa que había sido volcada.

—¡Tenemos ahí las planchas! ¡Ellos no pueden haber escapado! ¡Estarán por ahí dentro! —exclamó.

Se abalanzó sobre las planchas, las cuales presentó a Ruth, como quien ha hecho el gran descubrimiento.

Ella les dirigió una mirada y descubrió inmediatamente que no eran las auténticas. Y las arrojó violentamente a la cara de Steve.

—¿Es que no te has dado cuenta de que no son las buenas? Son de las que hizo Sterling, iguales que las que teníamos preparadas para dar el cambiazo a Jack.

Volvió a señalar a Morgan.

Los «gangsters», que se habían detenido unos momentos, paralizando la acción, a un ademán autoritario de ella volvieron a disgregarse siguiendo sus órdenes.

Unos entraron en las piezas interiores mientras que otros salieron dispuestos a rodear la manzana y evitar que pudiesen escapar los fugitivos, si es que lograban llegar a tiempo.

Pero los que salían se vieron sorprendidos por la presencia de la policía, que llegaba en aquel momento.

Intentaron hacerles frente y dos de ellos fueron barridos mientras dos más se entregaban.

Uno gritó:

—¡La policía!

Ruth, que había notado algo anormal, se había apresurado a

saltar ayudada por Steve, disponiéndose a huir por el mismo lugar que lo habían hecho Ginny y Bob.

Una vez arriba le tendió Steve las manos, pidiendo:

—¡Ayúdame, vivo!

—Ahí va mi ayuda...

Ruth disparó fríamente contra el traidor, que cayó fulminado, reflejando en su rostro el estupor que le había causado la acción de la atractiva morena.

Se escurrió la mujer hábilmente al mismo tiempo que los hombres que habían pasado a las piezas interiores salían, para verse desbordados por la policía, al frente de la cual iba Rory Martín.

Los «gangsters» no tuvieron más remedio que entregarse, dejando caer las armas que empuñaban.

Vieron que Steve había caído y que Ruth había desaparecido, pero ninguno de ellos imaginó lo que había sucedido.

Ruth llegó a su apartamento, abrió y cerró después a sus espaldas sin encender la luz.

Había intervenido ya la policía y sabía que debía largarse rápidamente, llevándose con ella lo más necesario, particularmente el dinero y las joyas de valor que había logrado ir sacando a Morgan.

Llegó hasta su alcoba, sin encender.

Una vez en ella cerró bien la persiana y echó las cortinas para que la luz no se proyectase al exterior ni por la más fina rendija.

Fue hasta el conmutador de la luz y cuando ya llegaba a él, tocó una mano.

Dio un respingo y saltó hacia atrás, echando mano a la pistola, que llevaba en el bolso abierto.

En el mismo momento se encendió la luz.

Y recibió un manotazo de Mitchel.

Saltaron de la mano de Ruth el bolso y la pistola.

—No te asustes. Ha sido una broma —dijo Mitchel, sonriendo burlonamente—. Sí, ya sé que no te gustan, pero yo soy así.

Ruth se repuso del sobresalto recibido y ordenó con voz colérica:

—Sal inmediatamente...

—Me marchó enseguida. No he querido molestarte... He venido a traerte las planchas. A la rubia tampoco le interesaban y una vez logró enfrentar a los asesinos de su hermano, me las dio...

Robert alargó a Ruth el paquete de las famosas planchas; pero ella lo miró con expresión recelosa.

—Tómalas, son las auténticas, puedes comprobarlo. Las grabadas por Jerry Miles, el discípulo de Solly Smolianoff. Una verdadera obra de arte. Las de Sterling son muy malas, no podrían engañar a un niño...

Mientras hablaba abrió el paquete. Y Ruth pudo comprobar que Bob no mentía. Allí, al alcance de su mano estaban las planchas auténticas, las grabadas por Miles.

—Ya sabes que me sigues gustando, Ruth. Te echo mucho de menos. Una vez se tiene a una mujer como tú, resulta imposible olvidarla...

Temió que se burlaba de ella y hubo de vencer la tentación de apoderarse de las planchas.

—Lárgate. No sé nada de eso. Necesito descansar. Lárgate o llamo a la policía...

—Allá tú si eres tan estúpida. En realidad a mí las planchas no me sirven. Tal vez si Eissen no hubiese muerto se las habría vendido a él. Tú las puedes aprovechar. Lo difícil es el papel, pero tú se lo puedes sacar a Birgham Clay. Está loco por ti y no será capaz de negarte nada que le pidas...

Ruth comprendió que Mitchel había sabido trabajar bien y deprisa. Y pensó que no tenía escape, a menos que lograra ablandarlo.

Había llegado a conocerlo y sabía que por la violencia no lograría nada; y dijo con expresión suplicante:

—¿No tienes ya bastante? Te has reivindicado. Has apresado a Dickinson y destrozado a Morgan... Si quieres yo escribiré una confesión de todo y me largaré. Te prometo que cambiaré de vida... Me has querido, ¿no? Te he atendido mientras has estado en la prisión...

—No he pensado meterme contigo. Ya te he dicho que ahí tienes las planchas. Clay te proporcionará el papel que necesites. Y te será fácil encontrar quien tire los billetes. Foster tiene un buen fichero y sabrá de quién echar mano. ¿No es así, Foster?

Como lanzado por una catapulta hizo su aparición Foster. Estaba pálido, despeinado y dirigió a Ruth una angustiada mirada.

—Vamos, Foster. Convenza a Ruth. No van a perder el negocio

después de la sangre que ha costado... Adelante, Clay...

Hizo acto de presencia un hombre de unos cincuenta años, alto, vestido de negro. Tenía los ojos enrojecidos y daba tiritones.

—Ahí lo tienes, convertido en un guiñapo. Tenía un cargo importante, Ruth. Y lo has destrozado. Era un hombre honrado...

Siguió un lapso de silencio.

Al fin habló ella:

—Está bien. Has ganado la partida. Si Morgan me hubiese hecho caso te habríamos suprimido antes de ir a la cárcel. Pero en el fondo era un sentimental estúpido...

—Eso es lo más divertido que he oído en mi vida.

Tras las palabras de Mitchel se dejó ver Ginny, que opuso a las palabras de Ruth:

—Un sentimental que hizo asesinar a mi hermano. ¿O fue idea tuya? Soy hermana de Dean M. Peters...

Ruth no se achicó y dijo:

—¡Vaya! La gatita rubia que fue capaz de enfrentarlos hasta que se destrozaron ellos mismos. Has tenido suerte, rubia. Supe el trabajo que estabas realizando cuando era ya un poco tarde...

Tras corta pausa siguió diciendo:

—Pueden salir los otros. Tú, Dickinson, y usted, intendente Murphy. ¿Ha llegado ya Rory Martín? Que salga también y lo felicitaré.

Dickinson, debidamente esposado, fue el primero en aparecer. Baja la mirada, se excusó:

—Lo siento, Ruth. Yo...

—No es necesario que digas nada...

Apareció el intendente Murphy acompañado por dos agentes del F.B.I.

Murphy adelantó hasta Mitchel, al cual abrazó.

—Le felicito, Mitchel. Tuvo usted valor para dejar que le condenasen y poder llegar luego al fondo de la cuestión...

—Gracias, señor. Si hubiese hablado entonces tal vez me habría librado yo; pero ellos se hubiesen reído de nosotros. Faltaban las pruebas que según he sabido luego hubiera aportado Dean M. Peters.

A un gesto de Murphy se inició el desfile, comenzando por los detenidos.

Cerrado el apartamento, una vez en la calle, Murphy se despidió de los dos jóvenes, diciendo finalmente a Bob:

—Ya sabe que le aguardo mañana en mi oficina.

—No faltaré, señor.

Al quedar solos los dos jóvenes se estrecharon las manos primero y se abrazaron a continuación.

—Mi linda hampona... Llegaste a hacerme dudar.

—Los hombres sois así. ¡Qué se le va a hacer!

Luego preguntó:

—¿Volverás a ingresar en el F.B.I.?

—No. Sufrí un gran desengaño y no volveré por otro... ¿Y tú, volverás a actuar?

—Uno de los dos tendrá que trabajar si de verdad quieres que nos casemos.

—Ese seré yo. Escribí dos novelas en la prisión. Y he recibido hoy mismo carta de que serán editadas. Tengo pendiente también una colaboración en un periódico...

—Eso me gusta más que lo que tenías...

—Y ahora tengo ya asunto para otra novela...

—¡Estupendo! Pues no había caído en ello. ¿Cómo la titularás?

—La rubia que no era gata y arañaba... —bromeó.

—Demasiado largo. No me gusta.

—Lo dejaremos en la rubia que arañaba...

—Frío, frío, frío... Creo que podrías titularla algo así como: «Aquí, el muerto». O también: «El muerto irá a verte»...

—Has ganado el premio, rubia...

Y la abrazó estrechamente.

Se oyó el chirriar de los frenos de un automóvil.

Bob, rápidamente cubrió a la rubia con su cuerpo y echó mano de su pistola.

Se oyó la voz de Rory, que gritó:

—¡Eh, cuidado, que soy yo! Parece que he llegado un poco tarde...

—Justo al final, cuando los protagonistas se dan el beso —respondió Robert, que aprovechó para reanudar la interrumpida caricia.

FIN



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de que es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

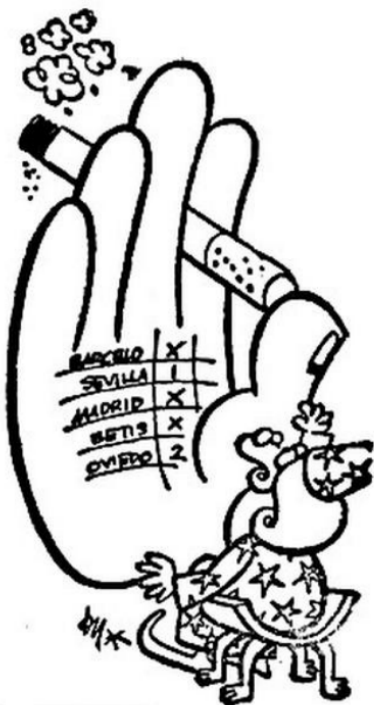
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**



LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



De ello está seguro
el profesor Bonfanti.
(Y presenta pruebas).
Pero, ¿no afirmaban
los darwinistas que es
el hombre quien des-
ciende del mono?

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pías. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

